



*Malote*

ENGANCHADO

ROMANCE CON EL TIPO DURO DE LA MAFIA

ROSALIA REYES



---

# MALOTE ENGANCHADO

---

*Romance con el Tipo Duro de la Mafia*



Por Rosalia Reyes

© Rosalia Reyes 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Rosalia Reyes.

Primera Edición.

*Dedicado a Magenta y Rae,  
por abrirme los ojos a lo que podía ser.*

## I

### Viktor Montana

El sitio estaba completamente oscuro, apenas se podía diferenciar los rostros de quienes estaban allí. Era un sótano, o algo parecido, en uno de los edificios más escondidos de la ciudad, o al menos eso pensaba. Las cosas iban cada vez peor para el hombre que estaba amarrado en la silla de madera.

Lo rodeaban al menos tres desalmados mafiosos y ya le habían propinado una buena tanda de golpes y esto, para la desdicha de Pete, no estaba ni cerca de acabar.

Uno de ellos se acercó mientras golpeaba la punta de un bate de béisbol en el suelo, el sonido en ese momento daba algo de miedo.

—Parece que las cosas contigo son un poco difíciles. ¿No Pete?

Solo un murmullo.

—Quizá sea porque te faltan más de la mitad de tus dientes.

El bate se blandió por el aire de manera fluida atestándole un fuerte y casi mortal golpe en la parte alta de la espalda.

Pete, por poco cae, pero, la silla lo impidió.

El bateador en turno miró como el hombre seguía sin decir nada y eso le sorprendió.

—Si supiera algo ya lo habría dicho.

Susurró al oído a uno de sus compañeros tratando de hacerlo de la manera más callada.

Eran ya más de dos horas de tortura. En el suelo podían verse las uñas que le habían arrancado una a una mientras le hacían la misma pregunta cada vez que les acercaban el oxidado y viejo alicate a sus dedos, la respuesta era la misma y el resultado el mismo. Los gritos eran descomunales, pero, eran ahogados con un paño empapado con agua y vinagre.

La sangre corría por cada parte de su cuerpo y ya no tenía fuerzas para seguir luchando, a esos niveles ya poco le importaba morir, era una salida rápida a todo ese sufrimiento por el que estaba pasando, mientras más rápido, mejor. De igual forma iban a asesinarlo, él no iba a decirles nada, era fiel, era un hombre de palabra y una vez juró que guardaría toda la información y la defendería con su vida.

Era mucho más que la información que sabía, era mantener su palabra de hombre. Desde que entró a trabajar con su jefe no tenía nada más que pedir, lo

tuvo todo, él era como de su familia y jamás dejaría que le pasara algo.

El hombre apenas podía ver por su ojo izquierdo y todo le daba vueltas, estaba tan mareado que no podía mantener arriba su cabeza. Escuchaba las voces de sus verdugos, pero, ya realmente no diferenciaba lo que decían, cada vez estaba más confundido.

—Por última vez, imbécil. ¿Dónde está el camión con nuestra mercancía?

No hubo respuesta, solo un escupitajo de sangre que solo llegó a la maltratada solapa de su camisa.

La paciencia estaba por terminársele a Viktor quien era el encargado de encontrar toda la información que su jefe le había pedido. Él no había movido un dedo, solo observaba desde las sombras el trabajo de sus secuaces, pero, el desespero y la ira estaban a punto de explotar en él.

Viktor gritó desde su silla.

—¡Carajo!

Lleno de ira se levantó y lanzó la colilla de cigarro que tenía en la mano. Las chispas dibujaron un arco luminoso en el suelo que se hizo más intenso debido a la falta de luz del lugar, los puntos de fuego rebotaron como en cámara lenta y eso fue lo último que el infeliz y golpeado hombre vio. Viktor no alcanzó a hablarle siquiera, se dio cuenta de inmediato que había muerto en ese instante.

Se quedó frente a él y lo observó fijamente, era como si estuviera lanzando todo su odio a través de la mirada, era como si estuviese tratando de conseguir las respuestas que necesitaba en el cuerpo inerte de su víctima. Por dentro sentía como el fuego lo quemaba y lo llevaba a los límites de la locura.

Viktor cerró los ojos, movió su cuello hasta tronarlo y volvió la mirada. Con un movimiento rápido y casi intangible, sacó el arma de su cintura y la descargó sobre el cuerpo. Mientras abría fuego su cara se tornaba en una mueca maquiavélica y retorcida que se hacía más intensa entre disparos.

Sus compañeros se hicieron hacia atrás, pero, algunos no pudieron evitar que la sangre les salpicara sobre sus costosos trajes, el líquido se estaba esparciendo por todo el lugar.

Cuando se descargó el arma siguió apretando el gatillo como si no se hubiese dado cuenta que se le habían terminado las municiones. Todos lo veían con más miedo que respeto, tenía una reputación bárbara y sabían de sobra de lo que era capaz, por eso tenía el puesto que tenía.

El silencio invadió de nuevo el sótano y nadie se atrevió a mover un dedo.

Viktor extendió su mano hacia un lado sin mirar y alguien tomó su arma,

caminó hacia adelante y miró el cuerpo destrozado por los golpes y las balas. Comenzó a sonreír y después, progresivamente, se convirtió en una carcajada que parecía venir desde el mismísimo infierno y mientras lo hacía levantó su pierna, se apagó la carcajada y empujó con fuerza el cuerpo lo que hizo que cayera de espaldas, el sonido de la cabeza con el pavimento fue escalofriante.

—¡Quiero el camión en el despacho del jefe esta misma noche! ¡Búsquenlo hasta debajo de las piedras!

Viktor con su peor genio, caminó de prisa, abrió la puerta de su coche y arrancó a toda velocidad dejando a todos inhalando humo y un poco sordos después de hacer rechinar sus llantas en ese reducido espacio.

Los hombres se movieron rápido desatando el cuerpo y metiéndolo en el baúl de uno coches, para después retirarse del lugar como si nada hubiese pasado.

Viktor conducía por la autovía y andaba toda velocidad, esquivaba los coches y tocaba la bocina todos lo que molestaban en su camino. En su mente solo veía como entraban las balas al cuerpo de Pete, los recuerdos jugaban con él, pues había sido amigo d su víctima cuando eran niños.

Un balón de futbol y una maltratada y vieja cancha. Si, era ahí donde se reunían antes de que su cerebro se volviera pura maldad. Las imágenes aparecían una tras otra y no podía comprender como las cosas cambiaban tanto, pero así parecía ser la vida, cada quien tomaba lo que aparentaba ser el camino correcto y las cosas salían bien o mal.

Salieron muy mal para Pete esa tarde cuando se encontró con un viejo amigo, pero, con otra alma, una más negra, asesina y sin escrúpulos. Desde que lo vio se dio cuenta que solo estaba buscando vengarse y sabía cómo terminarían las cosas.

Los coches pasaban como rayos a sus lados, sus pensamientos estaban en otro lugar y cuando regresó estuvo a punto de estrellarse sobre una camioneta que estaba aparcada a la orilla de la carretera. Aplicó los frenos inmediatamente y logró escabullirse de lo que sería una muerte segura. No, a él no le tocaba ese día.

Se quedó en el lugar por un momento aferrado con fuerza al volante y respirando entrecortado y muy rápidamente, la adrenalina estaba por todo su cuerpo. Apretó sus manos hasta el punto en que casi podía romper el volante y comenzó a gritar mientras se agitaba en su asiento. El coche se tambaleaba de un lado a otro y la bestia que estaba dentro parecía estar a punto de transformarse en algo más brutal.

Desde afuera los dueños de la camioneta lo miraban perplejos hasta que el furioso hombre hizo contacto visual con ellos. Si el día hubiese sido otro, Viktor quizá se bajaría de su coche con el arma en la mano y los amenazaría, pero, no. Hoy, como un vampiro, ya había tenido su dosis de sangre, y era una sangre que aquel niño que solía ser no hubiese querido que corriera.

El monto pasó y sin mediar nada, arrancó de nuevo y esta vez manejó hasta la casa del jefe a baja velocidad.

Ese es Viktor Montana. Un hombre sin ningún tipo de sentimientos, con un corazón que no tendría miedo de arder en alguna de los círculos del infierno de Dante. Era un mafioso por excelencia y por supuesto la mano derecha de su jefe, pues todo trabajo que le encargaba era hecho con excelentes resultados, era como el hijo que nunca tuvo. Viktor fue acogido por la mafia desde muy pequeño cuando quedó huérfano después que sus padres murieran en un gran terremoto que azotó la zona donde vivían. Quedó vivo de puro milagro y fue cuando Don Anselmo lo rescató de la manera más inusual, pero, pasó de no tener nada a tenerlo todo.

Aprendió muy rápido de armas, a cómo usarlas ya saber todo el daño que podría causar con ellas. Comenzó asesinando pájaros, gatos y perros, pero, su mente estaba en una constante vida de violencia y fue contagiándose poco a poco.

Él vivía con el hermano de Don Anselmo, Javier. Quien era el único que lo podría tener seguro, al menos, por un tiempo. Le brindó toda la educación necesaria con profesores privados y dándole todo lo que el niño necesitaba para su formación.

Así, Viktor se fue ganando la confianza y fue entrando sin prisa, pero, a paso firme a ese mundo que lo rodeaba.

Se ganó la confianza de Don Anselmo cumpliendo con sus órdenes que en un principio eran bastante sencillas, pero, que fueron haciéndose más exigentes. El dinero comenzó a llegarle a cántaros y este parecía ser el trabajo perfecto para él. El trabajo soñado.

La maldad parecía no tener límites por esos lugares y la vida de los demás parecía no valer nada. Había noches en las que no podía dormir, pero, con el tiempo se fue adecuando a eso y después perdió la conciencia por completo.

No importaba quién estaba involucrado: hombres, mujeres, niños o ancianos. Lo que sí importa es que paguen si así lo deben hacer y al parecer todos tenían algo que pagar, se estaban metiendo con el hombre más peligroso de la zona y aún se atreven a desafiarlo.

Don Anselmo tenía comprados a todos, los sobornaba hasta antes de hacer las cosas, les regalaba dinero sabiendo que todos en esta vida tienen un precio. Con el camino despejado los trabajos se hacían más fáciles y a veces hasta divertidos.

Entonces Viktor se forjó como una espada en un gran yunque, que después de ser calentada con fuego y poner al rojo vivo era moldeada tratando de dar una buena forma, una fuerza invaluable y un filo de categoría quirúrgica. Así es él, como una espada bien construida.

No tuvo tiempo de adaptarse, solo debió hacerlo y ya.

Ahora tiene 30 años y ya perdió la cuenta de cuánta gente ha asesinado, la sangre que le corría ahora era tan fría que hasta el más vil de los asesinos de la tierra podría sentir celos.

Cuando llegó a donde su jefe, Don Anselmo, le esperaban dos sorpresas.

La primera era el camión robado con cada kilogramo de droga dentro. No faltaba nada.

Cuando lo vio no entendió exactamente como había llegado ese camión tan rápido a casa, pero, sintió un gran alivio porque era algo de lo que ahora podía dejar de preocuparse.

Don Anselmo estaba tan feliz que lo abrazó al verlo llegar.

—¡Oh, hijo! Es grandioso. Así aprenderán a que nadie se mete con nosotros.

El rostro de satisfacción era tan genuino que Viktor se contagió y le regaló una gran sonrisa a su jefe.

—Ven Viktor, vayamos a mi despacho. Tenemos que hablar.

Ambos caminaron por un pequeño sendero de piedras adornado por plantas florales y cactus a los lados. No dijeron ni una sola palabra hasta que entraron en la enorme oficina.

Era un lugar agradable rodeado de libros y algunas armas antiguas que eran la pasión de Don Anselmo.

—¿Me acompañas con un trago?

—Pero, por supuesto. Me caería muy bien, además.

Viktor se acicaló la barba y respiró profundo. Quería dejar todo lo de ese día atrás, era necesario para poder enfrentar cualquier otra cosa que se le viniera en el futuro, que al parecer venía con mucha seriedad.

—En el mundo de la mafia yo me entero de todo y aquí las cosas corren más rápido que la pólvora.

Ya Viktor sabía eso.

—Me enteré de lo que pasó con Pete. De hecho, había colgado el teléfono cuando apareció el camión con toda la mercancía.

Ambos sorbieron casi al mismo tiempo un poco del Brandy que tenían en sus copas.

—El problema es que Pete es el hijo del segundo distribuidor de droga más grande del país. Peter Alvarado. Y eso nos plantea un gran dilema.

Las cosas no venían por buen camino.

—Fue él mismo quien devolvió la droga y el camión, pero, a pesar de llegar completo, también vino con una advertencia pintada en la parte de atrás.

Don Anselmo se levantó y abrió las persianas del despacho desde donde se observaba claramente el mensaje.

“Ojo por ojo y diente por diente” decía el texto hecho con pintura negra en aerosol.

Viktor miró y pensó con calma.

—Sé que es algo que puede tomarse a la ligera, pues no topamos con este tipo de amenazas a diario, pero, casualmente hay algo que me preocupa. Mi hija acaba de llegar de Italia y quizá su vida esté en peligro.

¿Hija? ¿Cuál hija? Pensó Viktor, pero, prefirió seguir escuchando.

—Tengo una que acaba de cumplir 19. Estuvo viviendo en Italia con su madre hasta ahora que falleció y ella debió venirse hasta aquí. Te cuento todo esto para que entiendas lo que está pasando.

El le contaba todo a Viktor, pero, nunca mencionó lo de esa hija, era un secreto muy bien guardado.

—Disculpe, Don Anselmo, pero, ¿no es apresurado pensar que ella esté en peligro?

—No, no es apresurado. Peter ya sabe que ella está por venir.

Ambos se quedaron en silencio, pues todo había pasado muy rápido y entonces se miraron.

—Dígame. ¿En qué puedo ayudarlo?

Don Anselmo sonrió al ver que su mejor muchacho estaba dispuesto a ayudarlo de cualquier manera. Siempre al frente.

—Necesito que la cuides mientras ella está aquí, o al menos mientras pase todo este lío y lo resolvamos antes que ellos lo hagan.

¿Cuidar a su hija? Viktor era el jefe de seguridad de la mafia más importante del continente y ahora se convertiría en una niñera. Entendía el asunto, pero, parecía que todo estaba saliéndose de control muy rápidamente.

Pero, no hubo quejas al respecto.

—Si, Don Anselmo cuente conmigo.

—Sabría que lo podría hacer.

Se sintieron apoyados entre sí.

—Su vuelo llega mañana a las 4:00 pm. Necesito que la tengas protegida desde el primer segundo.

Le estaba confiriendo la vida de su hija al hombre que más confianza le tenía.

Viktor observó de nuevo el mensaje en el camión y se empinó la copa hasta dejarla sin contenido.

## II

### Christina Anselmo

Durante los primeros años de su vida estuvo viviendo en un pequeño pueblo al sur de Italia junto a su madre, pero, las cosas fueron mejorando paulatinamente, así como lo había prometido su padre.

Ella era tan sólo una niña de cuatro años y poco recordaba de la peor época que les tocó vivir y eso era lo mejor, pues sufrieron mucho con todas las necesidades que pasaban.

Se mudaron a una casa bastante cómoda, era como un castillo en comparación a la que tenían y además de eso ya estaba completamente amoblada y lista para ser habitada.

Las cosas estaban mejorando poco a poco, aunque lo que ella más quería era ir hasta donde estaba el amor de su vida y padre de su hija para que los tres pudieran vivir juntos y felices.

Pero, eso no era algo que estuviera en los planes. Don Anselmo le prometió que mandaría el dinero necesario para cubrir los gastos de la niña y que nunca le faltara nada. Inicialmente se le hizo un poco esquivo, pues las sumas eran algo altas y pasarlas por la frontera a través de sus emisarios era un poco complicado, pero, logró enderezar las cosas y por fin el dinero llegaba completo, no faltaba nada.

La nueva casa era un regalo aparte. Christina merecía eso y mucho más, pero, lo que más merecía y deseaba la niña era tener a un padre a su lado. Sí, hablaba con él en ocasiones por teléfono, pero, eso no era suficiente para ella, no era lo que veía en el resto de las niñas cuando salían con su papá al parque o las llevaban en una fiesta.

Los siguientes años fueron solitarios porque había una conexión real con la voz que escuchaba al otro lado de la línea, realmente ella quería a su padre, pero, dudaba que el sentimiento fuese mutuo. Tantos años y dinero enviado y jamás había ido a visitarla, era lo que un padre normal haría, ¿O no?

A pesar de no tenerlo presente siempre, de igual forma estaba pendiente de ese pequeño inconveniente en su vida, pero, por lo demás gozaba de todos los privilegios que una jovencita puede desear... Y más.

Christina es una chica muy inteligente, la primera en su clase, colaboradora y, sobre todo, hermosa. Sus ojos verdes resaltaban entre los demás y mientras fue avanzando en edad su cuerpo fue dejando de ser el de

una niña para convertirse en el de una adolescente que atraía las miradas de todos.

Concurrió un par de veces en certámenes de belleza en Italia, participó en algunos programas de televisión y en una ocasión fue la animadora de las ferias más famosas de su ciudad, así que con tan poca edad la chica prometía un futuro interesante.

Su vida estuvo marcada solo por la ausencia de su padre, un hombre al que jamás había visto, pero, que quería con su alma. Su madre le contaba todas las cosas buenas de él, siempre le hablaba de lo guapo que era cuando estuvo más joven, de todas las cosas por las que había pasado para tener la fortuna que tenía hoy en día (obviando, por supuesto, el punto de que era el mafioso más temido y buscado de su país) y de las comodidades que él les otorgaba a ambas. Por supuesto su madre Linda estaba profundamente enamorada de su padre, era algo que no podía ocultar.

Todo ese sentimiento era transferido a través de las palabras a Christina, ella era una chica de buen corazón y sabía leer bien esos lazos que unían a sus padres. Pero, mientras más los comprendía, más se sorprendía que un hombre que lo tenía casi todo no buscara el amor tan puro y de una mujer tan buena como Linda. Había una parte de la historia que no le habían contado.

Las cosas iban bastante bien para ellas dos, pero, no por mucho tiempo.

Después de un largo día en la universidad, Christina caminaba a casa pensando en su cumpleaños, ya faltaba poco y papá siempre le enviaba regalos impresionantes y a pesar que tenerlo a él sería lo mejor del mundo, no podía dejar de emocionarse por eso. Siempre estaba ansiosa por saber en qué había pensado él para este año.

Entró a casa y avisó como siempre con un grito a su madre.

—¡Mamá, estoy en casa!

Entró a la cocina y sacó una jarra de jugo. Se sirvió un poco en un vaso y se sentó en una de las altas sillas. Revisaba su móvil.

Unos minutos más tarde cuando ya no tenía jugo en el vaso, se dio cuenta que su madre no había bajado ni tampoco le había contestado.

*¿Estará durmiendo?*

Con el ceño fruncido delicadamente se levantó y volvió a llamar a Linda.

—¿Mamá?

Esta vez su tono fue más suave y dudoso.

Subió rápidamente las escaleras.

No estaba en su cuarto como solía estar, entonces entró al baño y ahí vio

tendida. Desmayada.

Christina cayó de rodillas y la levantó por la cabeza, le acercó la mejilla a la nariz y si, estaba respirando aún, le buscó la muñeca para tomarle el pulso y sí tenía, pero, muy débil. Ella sabía que no podía caer en pánico y que lo único que podía hacer era sacar a su mamá de ahí y ponerla en un lugar más cómodo para después llamar a su médico de confianza.

Levantó a su madre como pudo y la dejó en la cama. Tomó su móvil y marcó el número del doctor Isaías, habló rápidamente mirando a su madre que aún estaba inconsciente y colgó. En ese momento la acariciaba y un par de lágrimas salieron de sus ojos, Christina no recordaba cuándo había sido la última vez que había llorado.

Dos horas después el doctor bajaba por las escaleras y Christina lo esperaba desesperada por saber lo que pasaba.

—Tu madre está tranquila. Se despertó cuando estaba examinándola así que tuvimos una larga conversación.

—¿Pero, no es nada grave?

—Eso lo dirán los distintos exámenes que le mandaré a hacer lo antes posibles, pero, si te digo la verdad, no veo nada bien a Linda.

El corazón de Christina se contrajo dentro de su pecho y sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente, pero, no dejó que se derramaran. Tragó para evitar en nudo en la garganta.

—Pero, ella estaba bien ayer... Es más, estaba bien en la mañana cuando salí a la universidad.

—Al parecer ella había sentido algunos síntomas días atrás, pero, no les dio importancia.

El doctor miró directamente a los verdes ojos de la chica.

—Sé que eres una chica muy fuerte, Christina, te conozco desde que eras tan solo una niña y no puedo mentirte. Necesitamos esos exámenes con urgencia, no quiero adelantar nada, pero, es imprescindible que mañana mismo la lleves a un hospital.

El doctor Isaías le dio una palmada en la espalda a Christina y salió de la casa con un paso lento, pero, firme.

Ella se quedó mirando al vacío, es como si no tuviera nada en qué pensar, estaba completamente ida. Entonces subió al cuarto haciendo la mejor actuación de su vida.

Tocó a la puerta.

—¿Mamá?

Se asomó con cuidado para no hacer más ruido de lo normal. Linda estaba con los ojos adormecidos, pero, despierta.

—Pasa, hija. Estoy bien. Creo que el doctor Isaías exagera un poco.

Las ganas de llorar que tenía en la garganta no eran normales, pero, Christina se contuvo para no preocupar más a su madre. Se sentó en el borde de la cama y le agarró la mano.

—¿Cómo te sientes?

—Ya te dije que estoy bien. Es que no comí bien esta mañana y quizá estoy un poco débil, pero, nada de qué preocuparse.

—¿Sabes que debes realizarte unos exámenes mañana?

—Si, el doctor me comentó. Te repito, está exagerando.

—Pero, es por tu bien. Así que mañana vamos temprano a eso y salimos de dudas.

Linda la miró fijamente, sonrió y movió la cabeza en señal de estar de acuerdo.

—Entonces, es mejor que duermas porque será un día difícil.

—Si, hija.

Christina le besó la mano y salió con mucho cuidado, cerrando la puerta con delicadeza.

Caminó hasta las escaleras y se sentó a llorar. Esta vez sí dejó salir todo lo que tenía por dentro, por primera vez en su vida sentía miedo.

Las palabras del doctor le rebotaban en la mente una y otra vez, miraba el reloj de la pared como tratando de adelantar el tiempo, pero, era inútil. Ella estaba completamente desesperada, sabía que debía calmarse, pero, no lo podía hacer, todo esto le había caído de pronto y el panorama no pintaba para nada bien.

Pasadas las 4:00 am se despertó. Se había quedado dormida alrededor de dos horas. Estaba exaltada.

La idea de llamar a su padre le había rondado durante toda la noche, pero, comunicarse con él era algo complicado. Siempre estaba ocupado y nunca atendía las llamadas. Pero, ella necesitaba hablarle y pedirle un consejo o al menos que la ayudara a estar más tranquila. Así que, sacó la cuenta de la diferencia horaria y marcó.

Nada. Como siempre.

*Ya a esta hora debería estar despierto.*

Lo intentó de nuevo. El mismo resultado.

Christina, llevada por la ira, apretó tanto el móvil que le lastimó la mano

y entonces lo soltó para liberar un poco el estrés. Prefirió levantarse del escalón y echarle un vistazo a su madre. Dormía profundamente.

La situación estaba bastante complicada y algo había que hacer urgente, Isaías no le había dicho nada con certeza, pero, su mirada era muy sincera, parecía estar dándole una señal. La verdad es que ella no lo quería ver así, pero, ciertamente lo era.

Lo mejor que se le ocurrió fue llamar a una ambulancia para que llevara a Linda a todos los lugares necesarios para realizarle todos los exámenes que le había pedido el doctor. Así lo hizo.

Desde el momento en que salieron de la casa todo fue una incertidumbre, Linda parecía perder el conocimiento de vez en cuando y regresaba gracias a la intervención de los paramédicos de la ambulancia. Todo pasó muy rápido ese día y pronto estarían de vuelta a casa.

Pero, el destino tenía otra cosa planeada.

Cuando terminó el último de los exámenes Christina vio que su madre estaba mucho más débil, pero, quizá fue por el ajetreo del día. Linda vomitó haciendo un desastre el área de espera donde estaban, pero, eso fue el detonante para que el doctor que estaba haciendo guardia en el hospital esa tarde, se acercara a verla.

El hombre se veía bastante preocupado y estaba atendiéndola rápidamente. Christina solo miraba, quería ayudar, pero, era mejor mantenerse alejada para dejar trabajar al joven doctor.

—Necesitamos internar de inmediato a esta señora. ¿Cuál es su nombre?

Christina habló, pero, por poco las palabras no le salieron. No entendía lo que estaba sucediendo.

—Linda. Se llama Linda. ¿Doctor que pasa? Yo la iba a llevar casa.

—No, señorita, ella está muy mal y debe quedarse hoy aquí para poder estabilizarla.

El joven salió corriendo en busca de ayuda y de una camilla para poder trasladarla.

Por la mente de Christina corría una película de la vida al lado de su madre, los recuerdos llegaban solos y no podía detenerlos. Ahí sentada a su lado podía ver lo frágil que es la vida, como podía irse en un abrir y cerrar de ojos, entonces reaccionó y se dio cuenta que debía ayudar de alguna manera, así que la acomodó en la silla justo cuando venía el doctor y un par de enfermeros.

A partir de ese momento todo pasó como si se tratase de un sueño, o una

pesadilla en este caso. Christina veía desde una ventanilla como hacían todo para internar a su madre, pero, alguien la quitó de ahí con mucha amabilidad y pidiéndole que se sentara, ella volteó y era el doctor.

—Un placer. Soy el doctor Arturo Maestre.

El galeno le extendió la mano a Christina quien dentro de su estado de shock tardó unos segundos en entender lo que estaba pasando. Por fin le dio la mano y se presentó.

—Hola. Soy Christina Anselmo.

El doctor la miró con detalle.

—El cuadro de síntomas de la señora Linda es crítico. ¿Sabía usted que ella estaba enferma?

—Para nada. Nuestro médico de confianza la examinó ayer y la encontró un poco mal, fue quien dio las órdenes para hacerle todos los exámenes que se le realizaron hoy.

—Necesito verlos.

—Sí. Están en la ambulancia. Ya los traigo.

Christina caminó hacia afuera y el doctor esperó unos minutos mientras ella buscaba todo. Pensaba que era una chica muy joven y sería muy duro decirle la verdad y más estando ella sola.

Volvió con unos papeles en mano.

—Perfecto. Déjeme hablar con mis colegas y en un momento vuelvo y hablaremos.

—Sí, pero, no deje que a mi madre le suceda nada. Por favor. Se lo suplico.

Él la miró con compasión.

—Ella está en buenas manos.

Quizá fueron unos cuantos minutos, pero, para Christina parecieron horas. El doctor no salía, no podía ver a su madre. Ella estaba en el limbo sin saber que hacer realmente, cómo reaccionar o cómo actuar.

Escuchaba por los parlantes cuando llamaban de emergencias a un médico y veía cuando este pasaba corriendo, en su mente pedía que no entrara a la habitación de su madre. Todas las veces siguieron de largo. El corazón estaba a punto de explotar dentro de su pecho.

El doctor Arturo salió del consultorio y la llamó.

Las piernas parecían no responderle, pero, ella se integró y caminó lentamente.

Entraron a una pequeña oficina, dentro había tres doctores más y todos se

presentaron.

—La señora tiene un serio problema y sinceramente las esperanzas de recuperación son pocas.

Un golpe le atizó en el pecho.

Otro médico habló.

—Queremos ser completamente sinceros con usted. Pero, ya a estas alturas no podemos hacer nada, solo mantenerla lo más estable posible y esperar que el tiempo haga lo suyo.

Unos minutos después, cuando ya estaba más calmada y podía entrar a verla, ella lo hizo.

—Mamá, ¿cómo te sientes?

Linda la miró como siempre con una sonrisa en el rostro.

—Estoy bien, hija. Son solo exageraciones, ya te lo he dicho.

En ese momento ninguna de las dos pudo mitigar sus lágrimas y ambas lloraron por un buen rato. Hablaron hasta que Christina se quedó dormida al lado de su madre sentada en una silla.

No tenía idea que sería la última vez que hablaría con ella, nunca se imaginó que cuando salieron de la casa esa mañana volvería de nuevo sola, sin saber qué hacer, sin respuesta a ninguna de sus preguntas. Sola sin el apoyo de nadie.

La mano de Linda le acarició el cabello mientras dormía y le susurró con el último suspiro que le quedaba.

—Buenas noches, hija. Te quiero.

### III

#### La primera mirada

El día estaba soleado en el aeropuerto y Viktor esperaba a Christina tal como se lo pidió Don Anselmo. No era realmente su trabajo, pero, él estaba ahí para lo que necesitara el jefe. Afuera estaban dos coches más con otros hombres para escoltarlos hasta la casa y llevarlos sin contratiempos.

El vuelo se retrasó por problemas con el clima y llegó cuatro horas más tarde.

Viktor, quien esperó con paciencia, revisaba de nuevo la fotografía que le había mandado su jefe al móvil. Era una chica joven de cabello rubio un poco desaliñada, pero, no se esperaba más de esa fotografía, fue justo cuando llegó a hacer su escala y además estaba pasando por el peor momento de su vida.

Pero, la verdad era bastante hermosa.

Al final del pasillo parecía entrar una joven con las características exactas, aunque unas gafas oscuras le tapaban casi la mitad del rostro. Pero, la ropa y todo lo demás coincidían. Viktor se acercó hasta ella quien lo recibió mirándolo a través del oscuro cristal de las gafas.

—¿Señorita, Anselmo?

—Soy Christina, pero, sí.

Ella contestó de mala gana y miró al hombre con desdén. Pero, muy dentro de ella lo encontró atractivo, esa barba de cazador era realmente extraordinaria, sus brazos y sus ojos... Todo en él era fuera de lo común, pero, la verdad en ese momento Christina no estaba para esas cosas. Solo se dejó llevar por un momento.

Él tomó su mochila y la maleta de viaje. Sobre su espalda y manos parecían de juguete. Era un hombre muy grande y fuerte, Christina lo detalló y después caminó para que él la siguiera, aunque realmente era Viktor quien la guiaba para salir.

La orden era que la chica no se enterara de los negocios de su padre, al menos por el momento. En el coche no había armas y de hecho se compró uno nuevo para ir a buscarla, pues el enemigo quizá tenía monitoreados el resto de sus vehículos.

Tampoco habría armas ni municiones de ningún tipo, al menos de manera visible y los coches que seguirían a Viktor y Christina serían muy sigilosos para no levantar ningún tipo de sospecha. Todo estaba muy calculado para que

la joven hija del jefe no se inmiscuyera en los turbios negocios de su progenitor.

Llegaron al coche y Viktor guardó el equipaje dentro del baúl para después ir a abrirle la puerta a la chica. Sí, estaba haciendo todo al revés. Christina se adelantó y abrió la puerta del copiloto, se montó y esperó por el hombre. Viktor lanzó una mirada a sus compañeros que ya estaban esperando a que arrancaran y volvió al coche.

Cuando abrió la puerta observó que la joven seguía con las gafas puestas y buscaba algo dentro de su bolso. El móvil.

Emprendieron el viaje de aproximadamente una hora.

Viktor no era un hombre de muchas palabras, cuando lo hacía iba directo al grano y no estaba con rodeos. La situación no estuvo incómoda en ningún momento, Christina sólo miró por la ventanilla durante todo el camino y no hizo contacto con el hombre. Fue lo mejor.

Fue un viaje bastante rápido y liviano, sin contratiempos.

La llegada era a la casa de verano de su padre, aprovechando la fecha y que esa casa estaba más alejada de la ciudad, así disminuirían las posibilidades de que Christina se enterara de algo. Don Anselmo ya estaba en casa y esperaba por su pequeña.

Cuando aparcaron el coche frente a la residencia Christina comenzó a temblar y a llorar justo cuando Viktor iba a bajarse.

—¿Señorita, la puedo ayudar en algo?

—Sólo dame un momento. Sólo un momento y estaré bien.

Las piernas le temblaban tanto como cuando iba a hablar con los doctores sobre la situación de su madre. Estaba completamente asustada y triste, era primera vez que vería a su padre y fue solo bajo esta situación, no debía ser así. Eso lo pensaba una y otra vez así que el momento que pidió fue más largo de lo que ella pensaba. Viktor esperó paciente sin saber qué decir.

—¿Le parece si la dejo sola para que pueda poner en orden sus ideas? Yo estaré afuera esperando por usted.

Ella lo miró diferente esta vez. Detrás de eso había un hombre comprensivo.

*O quizá solo un hombre atendiendo a las órdenes de su jefe.*

Viktor se bajó, sacó los bolsos del coche y esperó afuera como le dijo.

Dentro Christina respiró profundamente y se secó las lágrimas, se volvió a colocar sus gafas y salió con la cabeza en alto, dejó caer la puerta detrás de ella, se acomodó la blusa y miró a quien fuese su chofer de esa tarde.

—Guíame a conocer a mi padre.

El corpulento hombre que fácilmente le llevaba más de sesenta centímetros caminó delante de ella y la llevó por un extenso pasillo hasta el área de la piscina. Al final en una mesa blanca con una sombrilla del mismo color que combinaba perfectamente estaba su padre. Tal cual se lo describió Linda, pero, con unos kilos de más concentrados en el abdomen.

No podría salir abrazarlo de inmediato. Había un choque de sentimientos en ese momento.

El hombre se levantó de su silla y estaba sonriente. Viktor lo saludó y le hizo una señal dándole a entender que el trabajo estaba completado por ahora y que todo había salido muy bien. Segundos después padre e hija estaban a solas al lado de una maravillosa y enorme piscina con el sol de verano sobre sus cabezas.

El encuentro no fue emocionante, claro está, pero, ambos estaban un poco nerviosos. Sí, hubo una conexión entre ellos, algo que los atraía y los animaba, solo que existía también un resentimiento de ella hacía él por todo lo que había pasado.

—Hola, hija.

Ella le sonrió. Sea como fuera él era su padre y al menos le debía respeto, además Christina no era de esas que pagaban con la misma moneda, ella era genuina y si quería estar con alguien lo hacía y en ese momento, ella quería estar ahí, con su padre. Se sentía protegida, se sentía bien.

—Hola.

Así, a secas.

El padre llamó a alguien con la mano. Una señora atendió de inmediato a su llamado.

—Buenas tardes, Don Anselmo. Buenas tardes, señorita.

—Rita, ella es mi hija Christina.

—Encantada, señorita. Es un placer tenerla por aquí. Estoy a su orden.

Cristina le regaló una gran sonrisa a Rita y su padre la miró con detalle. Era más hermosa de lo que podía ver a través de fotografías y le recordaba mucho a Linda. En ese momento sintió una pequeña tristeza, pero, la descartó de inmediato, esos pensamientos podrían hacerle daño y lo desviarían de todos sus planes.

—El placer es mío.

El móvil de Don Anselmo sonó, pero, él ni siquiera lo miró. Estaba feliz de tener a su hija ahí con él y nada más le importaba.

Las cosas comenzaron a fluir un poco mejor cuando la conversación tomó forma, tomaban un jugo y disfrutaban de un lindo día.

—La verdad estoy cansada. Me gustaría descansar un poco para poder ordenar un poco mis pensamientos y darme una ducha.

—Claro, hija, Te entiendo. Tu habitación está lista.

Christina pensó que su padre llamaría a alguien para que la llevara, pues es lo único, que, al parecer, sabía hacer. Pero, se equivocó.

—Vamos, yo te llevo.

La casa era más grande de lo que parecía desde afuera, definitivamente su padre era un hombre muy adinerado, era algo a lo que ella estaba acostumbrada, pero, ya con todo lo que estaba viendo sabía que estaba muy por debajo de toda esa clase que había en ese lugar.

Subieron unas largas escaleras que rodeaban una fuente con un ángel en medio y muchas plantas alrededor. Los reposamanos parecían de mármol, pero, lógicamente no lo eran. ¿O sí? Christina estaba hipnotizada con todo lo que había en ese lugar.

Por fin llegaron a una habitación.

—Creo que necesitaré un guía turístico para llegar a este lugar.

Ambos rieron un poco.

—Esta es tu habitación y esta es tu casa, Christina. No tengas vergüenza en pedir nada, todo lo que necesites se lo haces saber a cualquiera de los empleados o directamente a mí. Yo estoy en otra habitación al otro lado de la casa.

El hombre le sonrió, sus ojos no podían evitar resaltar lo feliz que estaba. Ella se dio cuenta que era una mirada sincera y entonces le regaló una sonrisa para alivianar las cosas.

Christina por fin entró y notó su equipaje sobre la cama. En otro momento lo organizaría, por ahora quería conocer la habitación que contaba con su propio baño, una alfombra muy agradable al tacto, televisor, aire acondicionado y un equipo de sonidos, pero, lo mejor de todo era el enorme ventanal y la vista que se observaba a través de él.

Recordó todos los atardeceres que miró con su madre, era una costumbre muy bonita que hacían dos o tres veces por semana. Christina cerró sus ojos y dejó que la brisa le diera en el rostro, cerró sus ojos y la llevó lejos, más lejos de lo que nunca antes estuvo, respiró profundamente y sintió un poco de paz, creía en ese momento que había hecho bien las cosas.

Pero, entonces estaba llorando de nuevo.

Secó de inmediato sus lágrimas para sentarse sobre su cama. Tenía que hacerse la idea de que esa sería su nueva vida, ahora estaría con papá, y quizá las cosas serían un poco diferentes porque la herida que le abrió la partida de su madre no sanaría tan fácilmente, pero, al parecer en ese lugar podría cumplir todos sus sueños.

Christina se sintió feliz por primera vez desde hacía un poco de tiempo.

Pero, ahora solo pensaba en descansar. Pero, primero se quitó la ropa y se metió a la ducha, ahí duró casi una hora y después salió lista para dormir todo lo que necesitara dormir.

Justo antes de quedarse dormida pensó en Viktor, fue un pensamiento espontáneo, algo que ni ella entendió, pero, el sueño la venció y no supo nada más de él ni de nada hasta el día siguiente.

El pensamiento de ella no estaba solo. Abajo Viktor también la estaba pensando a ella, algo bastante extraño en él.

Después de dejar solos a Don Anselmo con su hija y retirarse, él estaba esperando afuera para nuevas instrucciones. Se sentó en la barra que estaba del otro lado de la casa, se sirvió un whiskey y comenzó a tomar.

En su mente solo se reflejaba el rostro de la hermosa chica, sus pensamientos estaban deliberando entre lo bueno y lo malo de que le estuviera pasando eso, pero, nada bueno se le ocurría. Además, era extraño lo que le sucedía.

Normalmente él tenía a todas las mujeres que quería, no por galán, sino porque iba a todos los burdeles de la ciudad a follarse cuanta mujer conseguía en su camino. Pagar por sexo era lo más fácil del mundo y lo obtenía exactamente al momento que él lo quería, sin preámbulos sin nada.

Viktor era conocido como uno de los mejores clientes de esos lugares nocturnos, pero, también se sabía lo poco delicado que era al momento de estar con una dama. Su naturaleza era así, él necesitaba sentirse el macho alfa para poder darle a la mujer todo lo que ella merecía, todo lo que ella deseaba.

Entonces, gracias a recorrer esos sitios desde muy joven siempre tuvo la parte sentimental a un lado, además se sabe que Viktor es, prácticamente un ser sin alma y sin corazón y ser que poco le importa asesinar a todo el que lo merezca, según él. Esa era la razón principal por la que nunca estuvo relacionado con alguien, él no tenía tiempo para eso y tampoco lo quería.

Pero, Christina le revolvía los pensamientos, ella se quedó metida en su mente y en ese momento la estaba pensando. Cuando de pronto Don Anselmo apareció desde las escaleras principales, seguro lo estaba buscando.

—Viktor, te acompaño con ese whiskey. Vamos trae la botella a mi despacho.

Don Anselmo siguió caminando y su empleado de mayor confianza lo siguió fielmente.

Entraron al despacho.

—Tenga Don Anselmo.

—Gracias y salud por los nuevos tiempos.

Chocaron sus vasos y se bebieron hasta la última gota en un solo trago.

Sirvieron otro.

—Me alegra que mi hija haya llegado sana y salva y que ahora pueda compartir un poco con ella. Te agradezco que hayas logrado traérmela tal cual te lo pedí.

El jefe sacó de la gaveta del escritorio una caja de madera que contenía unos Habanos exclusivos de la isla del caribe, era algo más que exquisito, cuando abrió la caja el aroma se desplegó por toda la habitación. Le ofreció uno a Viktor.

—No tiene nada que agradecer, Don Anselmo.

Viktor hablaba mientras su jefe le acercaba la llama de su encendedor.

—Tengo mucho que agradecer. Una de las mejores cosas que me ha pasado es tenerte a mi lado, te has convertido como en un hijo para mí y puedo confiarte cualquier cosa, incluyendo la seguridad de mi hija. Quiero que te quedes aquí un tiempo para que la protejas.

La propuesta de Don Anselmo era una locura, Viktor tenía muchas cosas que hacer en la ciudad, incluyendo la misma seguridad de su jefe.

—¿Pero, y usted Don Anselmo? ¿Su seguridad?

—Yo voy a estar bien, por mí no te preocupes. Allá tengo a los mejores guardaespaldas entrenados por ti, ellos harán un buen trabajo. Por ahora es mi hija lo que me preocupa.

Viktor fiel a las órdenes de su jefe, accedió, pero, no estaba realmente contento con eso.

La idea era mantener lejos de la realidad a Christina, por ninguna circunstancia ella podía enterarse del negocio de la familia, al menos por los momentos. Ya después se encontraría la forma de hacerla entender todo lo que pasaba y porque pasaba.

Hablaron un rato más sobre algunos asuntos pendientes en la ciudad y después salieron del despacho y mientras Christina dormía plácidamente, Viktor tejía una estrategia para tener a la hija del jefe lejos de la verdad y del

peligro. Lo difícil sería explicarle porque tanta seguridad.

Muy en el fondo, y tratando de no admitirlo, Viktor estaba feliz de quedarse al lado de la hermosa jovencita, quizá no eran sus planes pagarle para follarla, pero, por alguna razón ella estaba en su mente.

Lo cierto es que trató en lo posible de sacarse todo eso de su cabeza y comenzó a trabajar. Dos horas después ya tenía todo hecho y parecía contento con el planteamiento. Después de eso subió la habitación que le fue asignada (muy cerca de la de Christina) y durmió, como siempre con un ojo abierto, pues, nunca dejaba de cuidar.

Ahora solo era cuestión de tiempo para ambos, pues ya el destino se había encargado de juntarlos.

## IV

### Un nuevo concepto

Al día siguiente las cosas parecían estar un poco más despejadas, al igual que la mente de Christina. La chica se levantó pensando en cómo serían las cosas de ahora en adelante, la imprevista muerte de su madre cambió completamente el sentido de las cosas y ella tenía que asumir un nuevo papel y un nuevo reto para poder tener una vida estable, y si era posible feliz.

Bajó inmediatamente después de darse una ducha, y trató de ubicarse dentro de la enorme residencia, para su suerte se consiguió a Rita en uno de los pasillos y le preguntó por su padre. La sirvienta le indicó que estaba en una reunión con unos socios en la biblioteca, pero, que ya estaba por salir, pues ella tenía instrucciones de servir el almuerzo justo a mediodía.

Christina le dio las gracias y entonces volvió a su habitación, donde esperaba el momento para bajar y almorzar a Don Anselmo. En ese momento las dudas vinieron a ella, su padre ella multimillonario, trabajaba desde casa y además contaba con una amplia nómina de trabajadores, según pudo ver ella misma durante su poco tiempo en la casa. Recordándolo bien cuando le hacía esa pregunta a su madre ella la evadía de manera constante y realmente nunca se enteró del trabajo de su padre.

Por el momento dejó las preguntas de un lado, ya encontraría la oportunidad para hacerlas, de todas maneras, ahora tendría el tiempo para eso.

De pronto algunas voces se filtraron a su habitación, Christina se levantó de la cama y fue hasta la ventana principal, observó que Viktor reunía a algunos hombres que asumió que eran también trabajadores de su padre.

El corpulento hombre daba instrucciones a cada uno y éstos asentían con la cabeza, hablaron durante unos cuantos minutos y después se retiraron en diferentes direcciones.

Viktor quedó solo, sacó su móvil del bolsillo y se lo llevó de inmediato a la oreja, en ese momento Christina tuvo la oportunidad de observarlo con detalle, a pesar de lo lejos que estaba, definitivamente había algo en él que de una u otra forma le atraía, era como una energía que la hacía querer tenerlo cerca, pero, que a su vez la alejaba sintiendo un ligero escalofrío que le recorría su cuerpo. Era la primera vez que algo así le pasaba.

Christina desechó el momento sacudiendo su cabeza y justo en ese instante alguien tocó a la puerta. Ella la abrió.

Era Rita.

—Disculpa que la interrumpa señorita Christina, pero, en 15 minutos el almuerzo estará servido y su padre quiere que lo acompañe durante la comida.

—Muchas gracias Rita. En un momento bajo.

Ambas mujeres se despidieron con una sonrisa.

Christina se arregló un poco, retocando su maquillaje y viendo si lucía bien frente al espejo, la joven estaba conforme con lo que observó y se decidió a buscar el comedor de la casa.

Mientras descendía por las escaleras sintió de nuevo esa pequeña extraña sensación sólo de imaginar que se conseguiría con Viktor en la mesa. Era algo que ella no sabía con certeza, pero, estaba dentro de las posibilidades, asumía que el hombre que la buscó en el aeropuerto era el de más confianza de su padre.

Aún seguía un poco confundida por el tamaño del lugar, por suerte Rita, que ahora parecía su ángel de la guarda, apareció de nuevo para ayudarla y la llevó hasta el comedor, dejándola justo en la entrada.

Había alrededor de 16 hombres y mujeres en la mesa, eran los más allegados y los únicos que tendrían el privilegio de conocerla directamente, todos voltearon a verla.

Don Anselmo se levantó de su silla ubicada al extremo derecho y con orgullo la llamó para que lo acompañara, mientras caminaba hacia su padre observó que había un lugar vacío junto a él, era el que estaba dispuesto para ella, pero, al parecer no todo estaría tan tranquilo como ella pensó.

Justo frente a ella se sentaba Viktor y eso la puso muy nerviosa desde un principio. Christina tenía sólo horas de haberlo conocido y no entendía cómo él podía ponerla de esa manera. Trató de mantener la calma, miró a su padre y le sonrió.

—Damas y caballeros les presento a mi hija: Christina Anselmo.

Los asistentes saludaron levantando sus manos o haciendo gestos con las cabezas y de esa manera el almuerzo comenzó.

Las cosas se desarrollaban bien, pero, las miradas inquietas entre Christina y Viktor eran cada vez más notorias, a ella le comenzaron a sudar las manos y él no podía dejar de observarla, a pesar de que ambos trataban de dejar a un lado todo eso que sentían.

Pero, el verde de los ojos de ella lo atraía como el imán al hierro.

Por fin, después de un rato que pareció más largo de lo que realmente fue, la conversación comenzó a fluir con naturalidad entre los comensales, eso

aligeró un poco la presión del momento y ayudó a que todo pasara más rápido.

Para su sorpresa el primero que se levantó de la mesa fue Viktor quien parecía tener prisa por retirarse, lo que hizo después de decirle algo al oído a Don Anselmo, con lo cual no estuvo de acuerdo dada la expresión de su rostro.

Viktor salió hasta el patio principal y encendió un cigarrillo. El hombre estaba pensativo y algo nervioso. ¿Cómo podría estar alterado por una jovencita un hombre que asesinaba a sangre fría a sus enemigos? ¿Era posible que estuviese sintiendo algo por la hija de su jefe?

Cada calada parecía formularle una pregunta diferente, para él era imposible creer que después de tanto tiempo pudiese estar interesado realmente en alguien.

Lanzó la colilla lo más lejos que pudo sobre el jardín, y subió a su habitación.

Mientras tanto, en el comedor, Christina trataba de calmarse y de no pensar en cosas sin importancia y de las que no estaba segura, para ella lo más importante ahora era tratar de convivir de la mejor manera con su padre y acostumbrarse a llevar la vida en ausencia de su madre.

Ella seguía tratando de encajar dentro del grupo, aunque no tenía que hacer mucho esfuerzo en ello. Es la hija del jefe y todos quieren saber de ella, es la nueva atracción y nadie quiere irse sin conocerla. Durante casi dos horas estuvieron compartiendo y por un momento logró relajarse y sacarse de la mente a Viktor, lo cual la mantuvo tranquila.

Uno de los asistentes decidió retirarse por razones personales y al parecer el resto le siguió el paso. Todos pasaron a despedirse de Don Anselmo y por supuesto de su hermosa hija antes de partir, unos minutos más tarde quedaron solo ellos dos en sus sillas.

—¿Qué tal tu primera noche aquí, hija? ¿Te agradó la comida? ¿Te sentiste a gusto con los invitados?

—¡Calma! Puedo responder sólo una a la vez.

—Claro, claro, tienes razón, no debo presionarte de esa manera pues tú debes tener muchas más preguntas de las que te puedo hacer yo.

Christina sonrió.

—Era solo una broma. No te preocupes.

Bien. Eso era un avance para ellos dos, la chica parecía estar más suelta y cada día sería mejor, lo que necesitaba era olvidar un poco todo lo que había pasado y más contacto con su padre.

Pero, eso último iba a estar algo difícil.

—Quería hablar contigo sobre algo, hija.

Ella escuchaba atentamente.

—Necesito hacer un viaje de negocios urgente y estaré fuera de casa por al menos una semana, créeme que no quería hacerlo, pero no tengo ninguna opción.

Christina se sintió un poco decepcionada al escuchar eso de su padre. Bajó la mirada sin decir nada.

—Entiendo que te sientas mal, pero, pronto tendremos más tiempo juntos y podremos compartir mucho más.

—Cómo dices, no hay opción. Solo espero que realmente vuelvas pronto. Entiende que me siento muy sola desde que pasó lo que pasó.

Don Anselmo se sentía privilegiado de tener a su lado a semejante jovencita.

—¿Y cuándo te vas?

—Solo espero a terminar esta conversación contigo.

Y así fue. Después de conversar durante un rato más, su padre se fue y la dejó sola en esa enorme casa. Estaban las empleadas y los empleados, pero, ella solo conocía a Rita.

Christina se retiró hasta su habitación, esta vez le fue más fácil llegar, y se encerró en ella. Trató de mirar algún programa en la televisión, pero, nada le llamaba la atención. En ese instante escuchó algunos coches saliendo, se asomó por la ventana, era su padre que se iba junto con cuatro coches más.

Trató de evitarlo, pero, no pudo a su pensamiento vino solo una cosa: Viktor también se fue.

Su mente estaba por estallar con tantas cosas pendientes por hacer y si a eso se le liga la tristeza no se obtendrá un buen resultado. Pero, de alguna manera tenía que despejarse.

Comenzó a sacar la ropa de sus valijas y más que organizar parecía estar buscando algo. Por fin, después de tener prendas en prácticamente toda la habitación consiguió lo que buscaba. Al tenerlo en la mano dudó un poco, pero, solo un momento.

Se desvistió rápidamente y se colocó el bikini blanco que traía con ella. El color de la tela hacía resaltar el color de sus ojos y seguía estando en buena forma a pesar de haber dejado de ir al gimnasio hace ya casi seis meses.

—Es perfecto, amiga mía.

Se decía a sí misma mientras se observaba en el espejo. Entonces, buscó

una toalla y se decidió a bajar para tomar un poco de sol en la maravillosa piscina de la casa.

La seguridad con la que caminaba por los pasillos era envidiable, parecía una reina, era como si ahora esa casa tuviera un verdadero significado para todos lo que hacen vida ahí. Sin excepción todos la siguieron con la mirada cuando pasó por delante de ellos, era imposible para quien sea que la viera, dejarla pasar, así como así.

El área de la piscina fue lo primero que ella conoció de la casa y tuvo una atracción directa con ese ambiente. Así que se posó sobre una de las sillas, se colocó sus auriculares y se dedicó a tranquilizarse.

Christina estaba completamente sola, pero, desde uno de los balcones que daban hacía esa área, alguien la estaba observando con cautela. Viktor no se había ido, por supuesto que no, la misión de él estaba en esa casa cuidado a lo máspreciado del jefe, ahora él era el guardaespaldas oficial de ella.

Así que la miraba sin creer el cuerpo que se gastaba esa mujer, era increíblemente hermosa de pies a cabeza. Desde su ángulo parecía una diosa con un seductor cuerpo que podía atraer a cualquier hombre, sea malo o bueno, con alma o sin alma y definitivamente él estaba en alguna de esas categorías.

El abdomen de la chica estaba bien moldeado, sin dudas en un gimnasio, sus senos iban exactamente con su cuerpo, eran del tamaño perfecto, ni muy grandes ni muy pequeños, el cabello estaba hecho para posarse con la delicadeza necesaria sobre esa tersa piel dorada, pero, lo mejor estaba por pasar.

Christina se dio la vuelta para tomar sol también en su espalda, pero, su trasero fue lo que se llevó toda la atención, fue el protagonista de la historia. Era completamente increíble, parecía estar tallado por el mejor de los escultores, era un espectáculo para los ojos de quien lo viera.

El bikini perdía gran parte de su tela entre las dos nalgas haciendo quedar prácticamente desnuda una parte considerable de la zona, el sol reflejaba con nitidez. Para terminar con la exquisitez que observaba, las largas piernas daban el toque de elegancia que a ninguna mujer le falta.

Viktor seguía observando sin cesar, nada podría haber hecho que él desviara la mirada de aquellas perfectas y voluminosas nalgas. El deseo comenzó a desbordarse en él, teniendo ganas de buscarla para tenerla, pero, algo le llegó como una flecha directo al cerebro: es la hija del jefe.

Esa condenada frase lo proseguiría por siempre, al parecer.

El hombre recogió toda la fuerza de voluntad que tenía y se movió hacia otra parte de la casa, el problema es que él prácticamente debe estar las 24 horas del día pendiente de Christina, de que hace, hacia donde va.

Todo eso estaba a cargo de él y no podría dejarla sola ni por un minuto. Trataba de focalizarse en la parte del trabajo, trataba de ser un poco más profesional, pero, la verdad es que prefería ser quien mirara para siempre ese paisaje.

Nunca le había quedado mal a su jefe, siempre sus trabajos eran los mejores y al pie de la letra, y en parte esa era una de las razones por las que tenía su puesto actual, además de toda la historia que tienen desde muchos años antes donde se forjó una constancia y sobre todo confianza, así que esta no sería la primera vez que le fallaría, solo que esta vez el objetivo es extremadamente sexy.

Salió por otra parte de la casa, siempre con la vista la piscina. Ahora ella se bañaba y seguía luciendo increíble.

¿Pero, qué estaba haciendo realmente que Viktor mirara de esa manera a Christina?

Sentía la necesidad de hablarle, de acercarse un poco, tal vez, pero, ahora pensar eso le generaba un poco de estrés recordando lo que había pasado más temprano en el almuerzo. Su mente estaba estancada en las curvas de la chica, su cuerpo necesitaba tenerla.

Bajó.

El agua estaba a una temperatura ideal, pero, a pesar de que no quería salirse, lo hizo para tomar un poco más de sol.

Una sombra proyectada sobre el suelo salió de la nada y de pronto la mente de Christina se aclaró.

*¿Acaso es Viktor? ¿Es él? ¿Sí?*

Sus miradas se encontraron de inmediato.

—Pensé que te habías ido con mi padre.

El corazón no paraba de latir.

—No. Tengo mi trabajo aquí en esta casa y justamente vengo a decirte que cuentas conmigo para lo que quieras y necesites.

Que complicado se le hizo hablarle sin bajar la mirada hasta los pechos o el abdomen de la chica. Se estaba conteniendo internamente para no saltarle encima hacerla suya en ese mismo momento.

Viktor estaba sintiendo algo por Christina ya de eso no había dudas, el problema vendría cuando él ya no pueda contenerse más y no le importa de

quien sea hija ella.

Las piernas de ella comenzaron a fallar de nuevo y entonces buscó como sentarse y evitar pasar por un momento vergonzoso.

Ambos tenían quizá las mismas ganas o la misma curiosidad por lo que estaba pensando el otro, pero, prefirieron mantener las cosas en paz, al menos por ahora. Los sentimientos y el miedo estaban ahí, lo que significaba en algún momento la pasión y el deseo iban a estar por encima de cualquier otra cosa y ambos se dejarían llevar por sus necesidades más primarias.

## V

### Cascada de pasiones

Christina recordaba cómo la miraba Viktor, solo con la mirada logró desnudarla completamente, él también la deseaba, ella estaba segura de eso, pero, ahora las cosas estarían muy extrañas e incómodas entre ellos.

Recostada en su cama se dio cuenta que había sido algo completamente espontáneo, no había de qué avergonzarse si se atraían mutuamente, era algo que simplemente pasó, solo que estaba la situación de su padre.

Él quizá tomaría las cosas de la mala manera, pero, por el momento él no estaba... Christina nunca fue una chica problemática ni desobediente, el asunto está en que lo que siente cada vez que ve a Viktor es más fuerte.

Recordaba su tamaño y los músculos de sus brazos, su aspecto de hombre rudo y malote la hacían delirar, definitivamente la escalada de deseo era galopante y se metía cada vez más dentro de ella. Deseaba saber qué había debajo de esas camisas que usaba día a día, necesitaba saberlo.

Él se le ofreció para lo que ella necesitara y fue entonces cuando se le ocurrió algo.

Ella había subido a la habitación mucho antes de lo planeado, la idea era tomar el sol durante toda la tarde, pero, después de hablar con Viktor ella se puso muy nerviosa y se devolvió para tratar de sentirse un poco más tranquila, pero, la verdad es que solo quería bajar y estar con él.

Christina solo había estado con un chico en toda su vida y fue dos años antes cuando después de salir al cine con él la situación se dio para todo.

Esa noche después de ver la película regresaron a casa caminando, lógicamente el muchacho la acompañó a ella y después seguiría. La verdad es que eran más que amigos, se habían besado algunas veces y se toquetearon en una ocasión en el salón principal de la casa de él.

Cuando estaban a punto de despedirse comenzó a llover a cántaros y ella lo invitó a pasar ofreciéndole un chocolate caliente, Christina sabía que su madre no estaba en casa, pues era jueves y siempre se reunía con algunas amigas a jugar cartas.

Desde hacía mucho tiempo ella sentía la curiosidad y el deseo de estar con el chico y esa era la oportunidad perfecta.

Después de hablar durante un buen rato llegaron los besos y las caricias por debajo de la ropa, una cosa llevó a la otra y entonces subieron a la

habitación sin importarles la hora ni si Linda llegara de un momento a otro.

Ella estaba completamente dispuesta y él también, aunque estaba mucho más nervioso, también era su primera y sentía una responsabilidad enorme de no dejar mal a Christina. Lo bueno, es que las cosas estaban claras entre ellos, no había ningún tipo de compromiso y eso era solo parte de un experimento que ambos disfrutarían.

Ellos se metieron a la cama mientras afuera no paraba de llover, el acto no duró más de 20 minutos, pero, fue bastante intenso para ambos, lógicamente con sus movimientos bruscos e inexpertos, pero, fue una experiencia maravillosa sentir todo aquello que era completamente nuevo para ambos.

Prometieron hacerlo de nuevo para mejorar, pero, la situación jamás se volvió a dar, así que solo pasó una vez y la verdad es que a Christina no le interesaba hacerlo con nadie más, pues, la amistad entre ellos cambió mucho después de eso.

El chico había quedado completamente enamorado de ella y así no eran las cosas, la idea era que ninguno de los dos sufriera por eso. Christina se sintió mal por haberle hecho daño a un amigo y entonces se alejaron para siempre.

Así que esa primera y única vez no fue totalmente agradable.

Pero, recordaba plazeramente que esa vez el chico, que estaba algo indeciso, terminó de acceder cuando ella se quitó la ropa y se paró frente a él. Su mirada fue muy parecida a la de Viktor, solo que esta vez el hombre la observaba con más deseo. Al pensar eso Christina se erizó por completo.

Teniendo en cuenta eso podía usar sus ahora mejores atributos de mujer para poder tener lo que su cuerpo deseaba. Porque era solo eso, algo muy carnal, solo que los nervios hacían su papel importante dentro de todo eso.

Seguía con el bikini y nadie más que ella sabía cómo llevarlo con elegancia y sensualidad. Pensó que en la enorme casa estaban poco de los empleados de su padre, de hecho, la mayoría se habían ido con él, así que muy poca sería la gente que la viera en caso de que fuese así.

Salió dispuesta a seducir y a conseguir lo que quería, nadie la detendría.

Caminaba por la casa con soltura y mirando su móvil. Dio algunas vueltas hasta que llegó al área de la piscina de nuevo, no había tenido suerte hasta ahora, pero no tardaría en llegar, sería paciente y esperaría con su mejor pose.

Seguía estando muy nerviosa, pero, poco a poco lo iría controlando. Solo esperaba que Viktor apareciera en algún momento, ella haría el resto.

Se tumbó sobre una silla y siguió tomando los últimos rayos de sol de ese

día.

Viktor la había visto desde el momento que salió de la habitación y estaba embelesado con el contoneo de caderas de Christina, era un sueño hecho realidad, su cuerpo era perfecto y ella parecía una diosa. La chica tenía una actitud algo desafiante, estaba segura de ella y de lo que tenía, no había nada de qué avergonzarse.

La siguió tratando de no dejar rastros y la siguió todo lo que pudo sin miedo a que alguien lo encontrara en eso. Él sí sabía exactamente cuántas personas había en la casa. Rita y un par de hombres de seguridad en la parte de afuera, así que solo Rita y él estaban en la casa y por ese lado solo él y Christina así que podría verla todo lo que quisiera.

Era un estupendo manjar y él quería tenerlo para él. Las cosas se estaban poniendo difíciles, pues entre sus pantalones se habían levantado dando órdenes directas de tenerla pronto, pero, él seguía siendo fuerte y tratando de no caer en eso, solo trataba de pensar que era la hija de su jefe, se lo repetía una y otra vez. La podía ver y desearla de lejos, pero, nunca la follaría.

Observó desde un pasillo superior como ella se recostaba de la silla al lado de la piscina y se relajaba, definitivamente no era la misma chica triste que él mismo había llevado el día anterior a la casa. Esta era la versión real.

Estuvo escondido entre las sombras del pasillo durante un rato hasta que su radio sonó, se echó hacia atrás cubriéndose con la pared y le bajó el volumen. Miró de reojo hacia abajo y notó que Christina había puesto la mirada en su dirección, esperaba que no lo hubiese visto.

Viktor caminó un poco más lejos y contestó.

—¿Sí?

—Señor, tenemos una situación irregular aquí afuera y solicitamos su presencia.

—¿Algo de qué preocuparse?

—Aun no, pero, podría tornarse algo violento.

—Voy para allá.

Viktor corrió por el lado contrario para evitar que Christina lo viera, pues, desde abajo ella estaba observando hacia donde escuchó el ruido.

Ella, sin darle más importancia al asunto, siguió tomando el sol y esperando por su hombre.

Viktor bajó a un cuarto donde guardaban las armas y tomó un par de ellas antes de salir. No sabía lo que realmente le esperaba así que era mejor estar prevenido.

Apuró su paso y llegó a la entrada de la residencia.

—¿Qué sucede, caballeros?

—Aquel coche negro tiene aparcado allí más de dos horas y desde el momento en que llegaron nadie se ha bajado. Por el norte se divisan unos hombres sospechosos, son al menos tres.

—Muy bien, muchachos. Sigán al pendiente, yo llamaré a un equipo de trabajo para evitar que nos tomen por sorpresa. Debo entrar a resguardar a la señorita, pero, estoy atento a las noticias de aquí afuera.

—Perfecto, jefe. Lo mantendremos informado.

Viktor volvió a entrar y con precaución ocultó debajo de su chaqueta el arma más pequeña, dejó en el cuarto la otra y cerró de nuevo con llave. Se dirigía al punto donde estaba antes, pero, ahora un poco preocupado por la integridad de la chica.

Cuando llegó y miró ella ya no estaba, de inmediato bajó por las escaleras en busca de la chica, necesitaba saber dónde estaba, ahora mucha más sabiendo que podía pasar algo que perjudicara su integridad.

No tardó mucho en encontrarla, se la encontró de frente justo a la salida de las escaleras, ella había estado en el baño.

Perfecta como ella solo podía serlo se paraba frente a él con una seguridad increíble. Una chica de 19 años apenas, eso era lo que lo ponía ansioso.

—Hola, Viktor.

—Señorita... Buenas tardes.

—Tanta formalidad me confunde. Creo que no es necesaria.

Él le sonrió para seguirle la corriente.

Estaban en un punto de la casa donde prácticamente nadie los vería y las miradas eran cada vez más intensas. Sus ojos estaban hablando por ellos, pero, las palabras reales no salían.

—Necesito que me ayudes con algo, Viktor. Ayer me dijiste que estabas dispuesto a ayudarme. ¿Recuerdas?

—Por supuesto, señor... Por supuesto, Christina. En lo que desees.

—Ven acompañame.

Ella caminó adelante y Viktor no pudo evitar mirarle el trasero, era más que perfecto y de cerca estaba mucho mejor, las ganas de sentirlo en sus manos eran inmensas, pero, trató de contenerse. Respiró profundamente y la siguió.

Le vino a la mente un reloj igual a los que usan los ilusionistas cuando pretenden hipnotizar a alguien, exactamente eso eran las nalgas que tenía en

frente y hasta el movimiento era parecido, la diferencia es que él realmente estaba hipnotizado.

Cada paso de la chica era como una ola que lo estremecía internamente, parecía que había dado como mil pasos en ese momento.

Ella se sentó en la silla y alcanzó un frasco que tenía justo al lado.

—¿Me untas con bronceador en la espalda?

Ella le acercó la crema a Viktor y él solo por inercia la agarró, pero, la verdad es que no sabía qué decir o hacer. Eso no estaba bien y estaba excediendo los límites. Miró hacia los lados un poco tosco y nervioso.

Ella lo observó.

—Tranquilo. Tengo mucho rato que no veo a nadie pasar por aquí. Anda, ayúdame.

En ese momento ella se acomodó en la silla y movió su mano hasta la espalda soltando una de las tiras que le amarraba la parte superior del bikini, nudo se desató con facilidad y su espalda quedó completamente descubierta. Era un monumento de mujer.

La piel era tersa y uniforme, no había ni una sola imperfección, las pecas la cubrían como una alfombra. La curva cóncava de su espalda iba en armonía hasta llegar a la parte baja del bikini donde comenzaba a destacarse su gran trasero medio desnudo. Viktor siguió mirando y las piernas eran el complemento que completaba la pieza entera.

Todo esto era una gran tentación y definitivamente no venía de la mente de una chica tímida. Ella también lo quería eso estaba claro, pero, él no se sentía cómodo con lo que estaba pasando.

—Viktor, sería bueno que lo hicieras antes de que el sol se oculte.

El corazón de Christina golpeaba con fuerza su pecho, ella necesitaba sentir esas grandes manos en su espalda, que él no se detuviera e hiciera lo que quisiera. Ya estaba excitada desde el momento en que lo vio en las escaleras y eso fue lo que la hizo seguir adelante, eran unos deseos indomables que salían de los más profundo de su ser.

Él por su parte seguía observando cada parte del cuerpo de esa diosa y sin pensarlo se agachó para poder hacer lo que ella le había indicado.

*Sabes que no deberías hacerlo.*

*Es la hija del jefe, carajo. ¡Para!*

Tenía la desnuda espalda a solo unos centímetros de él, ahora Viktor era el que se sentía nervioso, algo inédito cuando se trataba de mujeres, pero, este era un ángel (o quizá un demonio) que llegó para hacerlo sentir. Si, hacerlo

sentir que había otras cosas más allá del odio la ira.

Las manos le estaban sudando un poco y se la secó con el pantalón. Miró de nuevo a su alrededor, no había nadie y se arriesgó. Era lo que más deseaba.

La piel de Christina era suave y estaba caliente por el contacto directo con el sol, él trató de no salirse del centro de la espalda, pues no quería causar en ella alguna alarma que le indicara que se estaba pasando de la raya.

La chica lucía tranquila y complacida con lo que pasaba, parecía disfrutarlo al máximo.

Las manos de Viktor se sentían fuertes y a pesar de todo la acariciaban con suavidad, eran grandes y la hacía estremecerse completamente.

La crema se desvanecía mientras más la frotaba y él comenzó a tocar más allá, en algún momento ella lo invitaría a parar. Los dedos comenzaron a tocar los laterales de la espalda pasando muy cerca de la terminación de los senos, bajó poco a poco y tocó la parte baja del bikini en un par de ocasiones. La chica solo disfrutaba con los ojos cerrados y una sonrisa en el rostro.

Sus cuerpos estaban respondiendo a todo lo que sentían, una erección se comenzaba a formar dentro de los pantaloncillos de Viktor y Christina estaba más que mojada, daba gracias porque el bikini era blanco y no se notaría en dado caso que el mirara más allá.

El momento hizo que se aislaran haciendo un nuevo mundo donde solo estaban ellos. La concentración era bárbara y él seguía tocándola a pesar de que la piel ya había absorbido la totalidad de la crema, pero, ahora era algo más personal.

¿Pero, hasta cuándo estaría tocándola? ¿Cuánto más podría alcanzar?

Para Christina las cosas habían funcionado, no importaba quien fuese el hombre siempre iban a caer frente a los encantos de una mujer, ella sólo pensaba en que él podía hacerle lo que quisiera, y esperaba que así fuese lo más pronto posible.

En ocasiones la piel de la chica se erizaba justo después de tocar un punto en particular y Viktor se dio cuenta de eso, entonces involucró la otra mano que tocaba una de las piernas de la hija de su jefe, ella se sorprendió un poco por el movimiento, pero, no dijo nada.

En ese momento se escucharon unos disparos afuera de la casa. Christina se apoyó en sus codos sosteniendo como pudo el bikini y volteando para ver a Viktor. Él se levantó de inmediato y verificó que su radio estuviese encendida. Lo estaba. Nada pasó por unos segundos, pero, de nuevo una ráfaga de disparos se escucharon y esta vez más cerca.

## VI

### Gozo y placer

Todo lo que había pasado parecía sacado de una película de Hollywood. Ella seguía tratando de pasar el susto y se abrazaba a él.

Notó que Viktor estaba sangrando en un costado y ella se alteró al ver eso. El rostro desencajado de Christina le hizo saber a Viktor que algo estaba pasando. Él bajó la mirada y vio de donde salía la sangre, la verdad no parecía ser algo de qué preocuparse.

Se levantó quitándose la camisa y dejando su torso desnudo. Ahora le tocaba a Christina mirar todo lo que pudiera. Ahora su corazón estaba acelerado, pero, por ver semejante cuerpo.

Los pectorales de Viktor relucían por sobre todas las cosas, eran completamente cuadrados y con una musculatura bien desarrollada, definitivamente muchas horas de gimnasio invertidas en todo ese cuerpo. Los abdominales parecían rocas y estaban bien definidos uno al lado del otro, cada músculo de sus brazos, su espalda... Todo. A ella se le hizo agua la boca.

Con el truco de magia de sacarse la camisa hizo desaparecer todo el nerviosismo y la angustia por lo que había pasado, ella ya no lo recordaba siquiera y estaba completamente concentrada en mirar lo que quería comerse.

—¿Estás bien?

—Es solo una herida superficial, la bala no entró.

—Pero, parece grave, estás sangrando mucho.

—Parará de un momento a otro.

Ella aprovechaba de mirar todo lo que podía.

—¿Tú estás bien? ¿Ni un rasguño?

—Perfectamente bien. Ni un rasguño.

Viktor arrancó una de las mangas de la camisa y comenzó a hacer presión en la herida para ayudar a que cerrara.

Estaban en un sitio muy extraño, había cajas por todos lados y cientos de llantas viejas, parecía un almacén abandonado o algo por el estilo. Miró en el suelo una silla de madera rota y algunos cables retorcidos.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar seguro.

Ella dejó de hablar al ver la respuesta del hombre. Parecía molesto por la pregunta.

Christina se acercó al coche y se recostó de él. Ella tenía muchas dudas en su cabeza en ese momento, pero, solo con estar con él ahí le bastaba, seguiría luchando hasta tenerlo.

Viktor sacó un cigarrillo de su bolsillo y entonces comenzó a fumar rápidamente, se veía estresado y con una ira que parecía estar reprimiendo. Las manos le temblaban.

Ella vio eso como una oportunidad única.

Entonces se acercó por la espalda de él mientras se quitaba la chaqueta que tenía puesta y quedaba de nuevo con su bikini blanco que ahora estaba sucio por todo lo que pasaron antes de llegar ahí. En una de sus piernas tenía un pequeño golpe, pero, de resto seguía siendo la misma de siempre, la escultural rubia hija del jefe.

La pequeña y delicada mano de Christina se posó sobre la musculosa (y llena de cicatrices) espalda de Viktor, el dio un respingo, pero, se dio cuenta de inmediato que era ella. La chica estaba detrás de él y lo acariciaba suavemente, era una sensación increíble.

Entonces, sin levantar la mano del cuerpo de Viktor ella comenzó a rodearlo para ponerse frente a él. Ahora con ambas manos recorría cada espacio que encontraba, sentía los desniveles causados por los músculos.

Con un dedo descendió por los abdominales y la palma de la mano rozó el cinturón del pantalón. Ella no apartaba la mirada de ese torso tan encantador.

Era como sacado de sus sueños más húmedos.

Desde arriba él notaba cada uno de los movimientos de la chica además podía mirar sus senos que estaban pegados a su abdomen. Era muy grata la sensación. La tomó por los hombros y haría lo que tenía que hacer.

Ahora estaban solos y, como dijo Viktor, en un lugar seguro. Muy para su sorpresa fue ella la que dio el siguiente paso.

Dio unos cuantos pasos hacia atrás y comenzó a quitarse la parte alta del bikini, como por arte de magia ya no estaba ella se lo lanzó, pero, él lo dejó caer.

Los senos de la chica no eran los más grandes ni los más pequeños que había visto, pero, sí los más hermosos con pezones rosados y justo en el sitio que le correspondían. Ella se apartó el cabello que tenía sobre ellos para que los pudiese apreciar mejor.

Con movimientos sensuales e incitadores ella se dio la vuelta ahora mostrando su espalda y trasero. Jaló al mismo tiempo las cintas que amarraban el bikini y este se soltó cayendo y dejándola a ella completamente desnuda

frente a Viktor. Ahora no había marcha atrás.

Ella, aun de espalda volteó la cabeza y lo miró de reojo esperando que fuese por ella y eso fue precisamente lo que hizo en ese momento. No le importó de quien era hija, no le importó si no la conocía, pero, no perdería la oportunidad de tenerla esa noche con él, necesitaba saber qué era lo que realmente le estaba sucediendo porque si de algo estaba seguro es que no era solo el deseo de tenerla.

La tomó por la cintura y sin mediar nada más sintió como la mano de ella se filtraba entre sus cuerpos para aferrarse con fuerza a su pene. Al tomarlo ella se mordió los labios en señal de gozo, sabía que algo bueno y grande venía en camino.

Entonces fue cuando se bajó el pantalón y ella sintió a la bestia posándose sobre su espalda, sintió miedo al calcular las proporciones del miembro, eso quizá iba a doler.

Las manos de Viktor tocaban sus senos y a ella le encantaba lo brusco que era el hombre con eso. Christina estaba más mojada que cuando él le aplicaba el bronceador en la espalda y parecía desesperada.

Viktor la levantó con una facilidad impresionante y la colocó sobre la tapa del motor del coche, ella abrió las piernas todo lo que pudo y esperó por la embestida. Pero, no fue como ella lo imaginó en un principio.

La experiencia de su amante lo llevó a comprender que la chica era quizá virgen o había tenido poco sexo en su corta vida. Entonces él trató de ser lo más delicado que podía, esa era otra faceta que no conocía sí mismo.

Por ahora solo pasaba el glande por el clítoris lo cual le producía unas cosquillas placenteras a Christina, ella comenzó a respirar más rápido y su corazón no paraba de latir rápidamente. Una de las manos de Viktor le agarraba una pierna y la otra manejaba su miembro iniciándole el placer a su bella dama.

A la hija de su jefe.

Ella estaba desesperada por sentirlo dentro, pero, al parecer él sabía perfectamente lo que hacía. Dejó entonces que Viktor manejara la situación.

Poco a poco la fue penetrando, para evitar lastimarla. Christina trataba de agarrarse de algo, pero, solo lograba golpear con las manos abiertas le metal del coche. Los gemidos comenzaron a salir poco a poco, al principio un poco reprimidos por ella, pero, después con el nivel de excitación por las nubes ni siquiera ella los escuchaba.

Viktor la miraba y ella seguía con sus ojos cerrados, él lo estaba

disfrutando de una manera muy especial, cuando la penetraba sentía las paredes de la vagina abrirse poco a poco. No era algo muy común en las mujeres con las que salía estar, pero, claro era algo comprensible.

Siguió empujando hasta que después de la mitad hizo la suficiente presión para introducirlo completamente, el grito de Christina pudo haberse escuchado hasta el final de mundo, pero, solo si estuvieran en un sitio diferente, ahí donde estaban nadie los iba a escuchar.

Gritos y más gritos era lo que salían de la boca de Christina, pero, eran gritos de placer gemido ensordecedores que quizá jamás había escuchado ella misma. Le pedía más a Viktor que no paró ni un momento en darle todo el placer que ella necesitara.

Christina sentía como si dentro de ella tuviera un ser viviente que le tocaba todos los puntos clave al mismo tiempo, la pena de Viktor era más grande de lo que ella pensaba y abarcaba todo haciéndola gritar.

El dolor era muy tenue, pero, pasajero y placentero, ella estaba maravillada con lo que estaba sintiendo, sin dudas ahora que lo tenía cerca y follándola, estaba segura que lo que sentía cuando lo veía antes era lujuria pura, entre ellos surgió esa conexión y por eso ahora lo disfrutaban tanto.

El primer orgasmo vino como si se tratara de una bazuca, cuando ella estuvo a punto de tenerlo comenzó a moverse en círculos tratando de aumentar el nivel de fricción, entonces tomó una gran bocanada de aire y sintió como todos sus músculos se contrajeron al mismo tiempo y explotó dentro de ella algo sin igual. No podía ni siquiera gritar, no sabía qué hacer solo se dejó llevar por esa sensación.

Las piernas le temblaban, y tenía espasmos en todo el cuerpo que no podía controlar, pero, eso no era el final de todo, y aunque ella no estaba preparada aún, Viktor tenía otros planes para ella.

La levantó bajándola de la tapa del motor del coche y la colocó de manera que ella se sujetara de la puerta del vehículo, le abrió las piernas que seguían débiles y la comenzó a penetrar de nuevo, esta vez con un ritmo más rápido.

El gran miembro de Viktor entraba y salía innumerables veces y ese movimiento la traía loca. Christina sudaba como nunca antes, y ahora los orgasmos eran más frecuentes uno tras otro, no tenía tiempo para disfrutar uno cuando ya aparecía el siguiente dejándola sin aire.

Las penetraciones fueron cada vez más rápidas y escuchaba como Viktor respiraba con rapidez y gemía también, pero, a bajo volumen. Entonces Christina sintió como un chorro de semen caliente le golpeó por dentro y

comenzó a desbordarse de su vagina, sintió cuando el semental sacó su miembro y lo dejó terminar de descargar sobre la espalda de la chica.

El acto siguió, pero, ella estaba sin fuerza, exhausta, casi sin vida. Pero, ahora saltaba sobre él en el asiento trasero del coche. Su cuerpo parecía cansado, pero, su mente le pedía más y más y ante la situación ninguno de los dos quiso parar.

Ahora era ella quien manejaba la situación y se dejaba caer con fuerza una y otra vez. Se apoyaba de los anchos hombros de Viktor, sus senos brincaban al ritmo de sus movimientos y echaba su cabeza hacia atrás gimiendo.

Este hombre era un animal, podía darle todo lo que necesitaba una mujer, estaba dispuesto a hacerlo que sea con tal de hacerla, si es posible, llorar de placer. Le estaba dando a Christina verdadero sexo, salvaje, único y sin límites.

Ella sintió que él volvió a correrse dentro y eso la estimuló a ella de nuevo para tener otro nuevo orgasmo, ya había perdido la cuenta. Ambos quedaron abrazados y recuperándose de la faena. No era nada fácil para ella, pero había sido lo mejor que le había pasado.

Viktor pensó por un momento que era la chica más joven a la que había follado, pero, sin dudas la que más placer le había dado, quizá era por el ingrediente añadido de ser intocable, de ser la hija de su jefe y de parecer una muñequita de porcelana que no parecía tener una mente tan cachonda. Pero, sin dudas era el despampanante cuerpo de la chica lo que lo traía loco.

Viéndola ahí dormida a su lado parecía ser una chica más ahora se notaba lo joven que era, pero, en realidad por dentro estaba pidiendo a gritos que alguien la follara tan duro como fuese posible, él solo le dio lo que quería.

Pensaba también en su jefe. Bajo ninguna circunstancia él podría enterar de lo que había pasado. Viktor no se lo diría y estaba seguro que Christina sería incapaz de decir una palabra sobre lo que pasó. Entonces por ese lado las cosas estaban bien, ya le explicaría las razones de sobra para tener a su hija fuera de la casa y cómo sucedieron las cosas.

Viktor salió, y buscó su pantalón, se lo colocó y sacó un cigarrillo del bolsillo, estaban todos maltratados, pero, de igual forma servían. Dio una primera calada grande celebrando el sexo que acaba de tener, el único por el que no había pagado en mucho tiempo.

Llamó a sus compañeros, pero, ninguno de ellos le atendió. Estaba algo preocupado por ellos y por todo lo que había pasado allá después que escapó con Christina.

Entonces se detuvo por un momento a analizar todo lo que le estaba pasando con Christina porque la verdad él no entendía esas cosas que estaban en su corazón ahora. No era algo común en él estar pensando tanto en una mujer y mucho menos en una jovencita.

Desde que fue muy pequeño estuvo metido en el mundo de la mafia, todo lo que aprendió allí dentro fueron cosas malas. No sabía diferenciar muy bien línea del bien y del mal solo sabía lo que era ser fiel, de eso si estaba claro, lo que le preocupaba ahora era haberle fallado a su jefe quien le confió su hija, pero, no precisamente para dejarla casi inválida después de una follada de casi dos horas.

Quizá él no se enterará nunca, pero, Viktor en el fondo sabía que había fallado, pero, la verdad es que se arriesgó a todo con Christina porque ella también lo quería así y porque él la deseaba más que nadie, incluso estaba tan pendiente de ella como nunca lo estuvo de nadie en el mundo. Así que por primera vez Viktor sentía algo por alguien y entendía lo que realmente significaba un sentimiento sincero y puro.

Volteó y la miró, no podía permitir que ella se metiera en su vida así. Además, ¿qué carajo podía ofrecerle él? Era un delincuente y un asesino lo cual ella pudo presenciar ese mismo día y realmente no estaba ni cerca de haber visto la peor parte de él.

El verdadero Viktor no daba chance a sus enemigos, no importaba el sexo o la edad, si había que desaparecerlos, pues lo hacía, dentro de este mundo las cosas son así.

Pensaba ahora que dejarla a un lado sería peor pues de igual manera estaría en contacto con ella, pero, seguir en este juego era peligroso, no solo porque en algún momento Don Anselmo podría darse cuenta, sino porque lo que él estaba sintiendo quizá se haría más grande y eso sí sería un gran problema. La verdad él no tenía tiempo para algo así y no era un hombre bueno.

Christina se despertó y lo llamó. Él volteó de inmediato y fue hasta donde ella estaba.

—Ahora solo quiero que me digas que es lo que realmente pasó en la casa.

Era una pregunta obligada, no era una niña y se daría cuenta que algo raro estaba pasando.

—Creo que no me corresponde a mí dar esa respuesta.

—Recibiste un disparo por mí. Por poco me matan. Así que si creo que

seas tú el indicado.

El silencio llenó el lugar.

## VII

### Escapando

Los disparos se escucharon muy cerca.

—¡Vamos, Christina, levántate!

La chica se levantó con uno de sus brazos sosteniendo el bikini para que no se le cayera. Ella no entendía qué era lo que estaba pasando, Viktor le extendió una de sus manos y ella lo tomó con fuerza y corrió como pudo.

Seguían las detonaciones afuera y se escuchaban algunas voces.

Viktor la llevó hasta el cuarto de las armas y se encerraron ahí esperando que todo pasara. El cuarto era bastante particular con armarios llenos de armas de todo calibre, baúles llenos de municiones. Era como una juguetería, pero, para asesinos. Algo no pintaba bien con su padre.

—¿Qué sucede?

Gritaba la jovencita.

Una mano le cubrió la boca y prácticamente toda la cara, no podía respirar bien, pero, entendió que debía hacer silencio. El miedo estaba haciéndola su esclava.

Afuera todo parecía haberse calmado. Con serenidad, Viktor apagó la radio con la que se comunicaba con sus compañeros. Le quitó la mano de encima a Christina y le hizo una señal para que no hablara. Ella asintió entendiendo lo que él le pedía.

El silencio ahora era ensordecedor.

Pasaron unos cuantos minutos cuando entonces escuchó unos pasos, no se arriesgó y siguió esperando.

—¿Viktor? ¿Viktor, estás bien?

Era la voz de uno de los suyos.

Pero de igual manera tomó su arma y la cargó. Espero a que los pasos sobrepasaran la puerta no solo escuchando su ubicación sino viendo por el espacio de abajo cuando la sombra pasara de largo. Entonces abrió con cautela y apuntó sin pensarlo.

—Viktor, soy yo. No dispaes.

El hombre levantó su pistola y dejó a apuntarlo.

—Cuéntame.

Afuera, mientras Viktor estaba disfrutando de la espalda desnuda de Christina, un par de hombre llegaron a la puerta de la casa.

—Hola, ¿cómo les va?

—Señor, esto es una propiedad privada, por favor, les pido que se retiren en la brevedad posible.

—Solo queremos saber Don Anselmo.

El segundo guardia de seguridad se les acercó a los hombres con actitud desafiante.

—Salgan ahora mismo de la propiedad.

La situación se puso algo tensa cuando los hombres se quedaron parados enfrentándolos. Nadie decía nada y no había una sola arma en el lugar, pero, todos sabían para donde iban las cosas.

Un tercer y cuarto hombre aparecieron de la nada con armas largas en las manos y comenzaron a disparar. Los guardias de seguridad de la casa se escudaron con unos muros que estaban cerca de ellos.

La respuesta fue contundente cuando cada uno de ellos sacó ametralladoras y comenzaron a dispersar a quienes habían venido por pelea. La situación era bastante crítica porque vinieron directamente a matarlos, no iba a haber ningún tipo de mediación y además ellos sabían el peligro que estaba corriendo la hija de Don Anselmo.

Los disparos continuaron hasta que los hombres se retiraron. Pero, las cosas no quedarían hasta ahí.

Louis, uno de los guardias entró a la casa en busca de Viktor y la señorita Anselmo. Estuvo caminando con cautela, pero, no había nadie más dentro de la casa. Llamó a Viktor en un par de ocasiones y de pronto lo tenía de frente apuntándole con un arma.

Todos se miraron después de saber lo que realmente había pasado.

—Louis, anda a buscar a Rita. Debe estar en el ala oeste de la casa. Ponla en un lugar seguro. Nos vemos afuera.

El hombre obedeció de inmediato y salió corriendo.

Volteó de inmediato y Christina seguía un poco nerviosa.

—Vamos a tu habitación para que te pongas algo de ropa y estemos pendiente de todo lo que pasa.

Antes de salir Viktor revisó cada uno de los baúles hasta conseguir lo que buscaba. Se llenó los dos bolsillos traseros con cargadores y además escogió otra arma, la cargó y estaba listo para salir. El hombre parecía un personaje de acción de la televisión.

Ella lo miró con cautela y entonces le habló.

—¿Saldremos de ésta?

Ella en ese momento reflejaba lo que cualquier persona, era miedo por su vida.

—Claro que sí. Es mi trabajo mantenerte con vida, y soy el mejor en lo que hago.

Ella trató de sonreír, pero, no pudo hacerlo.

Cuando se decidían a salir una fuerte explosión estremeció toda la casa, las paredes se movieron, algunos cuadros se cayeron de las paredes, por encima del techo se divisaba fuego y humo.

Ellos venían dispuestos a todo. Christina se tambaleó apoyándose de una pared, las cosas estaban pasando tan rápido que no le daba tiempo de pensar en nada, solo reaccionar y tratar de estar un paso más adelante que los otros.

Otra explosión, pero, esta vez más cercana dejó a Christina con un sonido en el oído y la tumbó. Parecía que estaban en una guerra, las cosas estaban saliéndose de control. La heredera cerraba los ojos y los abría tratando de ubicarse en el espacio-tiempo, Viktor le hablaba, pero, realmente lo que escuchaba era un murmullo. Estaba mareada.

Christina no podía mantenerse en pie y sentía como si todo estuviese muy lejos de ella, estaba aturdida después de la segunda explosión. Trataba de recuperarse, pero, los efectos eran fuertes.

Entonces Viktor actuó rápidamente sobre la situación. Tomó a la chica por la cintura y la llevó abrazada hasta el siguiente pasillo, al parecer estaban peinando la zona con granadas y venían cada vez más cerca de ellos. La idea era alejarse lo más que se pudiera.

Algunos disparos entraron en diagonal lo que significaba que estaban en el techo de la casa, no había salida entonces por el patio principal. Viktor corrió junto a Christina hasta el final del pasillo y ahí se detuvo a pensar.

—Christina, mírame.

La chica obedeció. Al menos ya estaba escuchando lo que él le decía.

—Necesito saber si puedes correr y como estás a nivel físico.

Ella lo miró y parecía estar más centrada.

—Está pasando. Pero, sigo algo mareada.

Viktor miró hacia los lados y seguía pensando.

Seguramente Louis estaba muerto o muy mal herido y quizá el otro hombre que estaba cuidando afuera con él, estaría en la misma situación así que estaba solo en todo eso, tenía que mantener en pie su promesa de cuidar a toda costa a la hija del jefe, y eso era precisamente lo que iba a hacer.

Se quitó la chaqueta y se la dio a ella.

—Ten, colócatela y harás todo lo que te pida. ¿Estás de acuerdo?

Asintió con la cabeza. Las palabras no le salían ahora.

—Muy bien, a la cuenta de tres correremos en línea recta por esta acera, hasta el final. No mires a los lados, no levantes la cabeza, solo corre hasta que lleguemos a los coches. ¿Entiendes?

La chica estaba temblando del miedo y un par de lágrimas salieron de sus ojos, lo peor de todo es que no entendía porque esto les pasaba a ellos. ¿En qué clase de negocios está metido papá? Seguía mareada y un poco aturdida, pero, necesitaba sacar las fuerzas para poder atender a las instrucciones de Viktor.

En ese momento pensó que estaría mejor en su antigua casa. Así fuese sola, pero, en paz. Sintió que tanto su madre como su padre le habían mentido durante toda su vida.

—Muy bien Christina, a la cuenta de tres. Uno, dos y tres.

Ambos salieron corriendo y esquivaron balas gracias a la velocidad con la que escaparon de ese sitio. Justo antes de llegar a cubrirse Viktor lanzó un quejido tenue de dolor. Christina se volteó y lo miró.

—¿Estás bien?

Cuando hablaba parecía que la cabeza le fuese a explotar.

—Continúa, no te detengas.

Llegaron hasta el coche, pero, no se subieron al primero que encontraron. Viktor estaba eligiendo uno en particular. Uno de los enemigos los vio entre los coches y comenzó a disparar y a llamar al resto de su equipo.

Partes de los vehículos volaban por los aires, las balas golpeaban con fuerza las paredes y se escuchaban pasar los disparos cerca de sus cabezas. Tenían demasiadas municiones y eran muchos solo contra ellos, estaban en desventaja, el resto del equipo de Don Anselmo se había ido con él para un trabajo que estaría bajo mucho peligro, por eso dejó la mínima seguridad en la casa de verán, se suponía que nada pasaría ahí.

Se cubrían detrás del coche favorito del jefe esperando tan solo una oportunidad para ir hasta donde lo necesitaban. No paraban las balas, definitivamente los querían muertos.

—¿Ves el coche negro que tenemos justo al frente?

Christina seguía un poco aturdida y prefería no hablar, así que asintió.

—Cuando yo comience a disparar quiero que salgas corriendo hacia él y entres. Al estar adentro lo enciendes con estas llaves. ¿Entiendes? El coche es blindado, así que me esperaras dentro con las puertas cerradas.

La chica parecía entender, pero, el miedo no le permitía moverse con facilidad. Tomó las llaves y las apretó fuerte para que no se les cayeran. Miró a Viktor con sus grandes y hermosos ojos verdes.

—Confío en ti.

La carrera de la chica empezó justamente cuando Viktor comenzó a disparar. Una de las cosas en las que él sobresalía entre los demás era por su buena puntería. Pudo darle a Christina unos tres o cuatro segundos sin disparos directos hacía ella lo que la ayudó tremendamente para poder alcanzar su meta.

Se resbaló justamente al llegar y una de sus piernas quedó por debajo del coche. Pudo reincorporarse, pero, el mareo le hacía la mala jugada.

Ella entró al coche como pudo y entonces sintió como las balas comenzaban a rebotar casi frente a su rostro, era increíble. Las llaves se le cayeron, pero, las pudo conseguir rápidamente.

Le fue algo difícil encontrar meter la llave en el encendedor, pues la mano le temblaba mucho, así que tuvo que ayudarse con la otra para poder dar con el punto exacto.

Estaba completamente desesperada y pensaba que cada minuto era vital tanto para ella como para Viktor. Debía dar lo mejor de sí para poder seguir adelante.

Encendido el coche ella ya no sabía qué más hacer. Observaba como le disparaban sin piedad a Viktor y se sentía impotente, así que puso en marcha el coche aparcándose casi justo al lado de su deseado compañero. El miró atónito, pero, debía actuar rápido.

Viktor se levantó disparando sin parar su último cartucho, eso le dio tiempo para poder entrar por la puerta trasera y resguardarse. Christina se apartó pasándose para el asiento del copiloto dejándole el espacio libre a Viktor para que condujera los más lejos que pudiera.

El hombre se pasó como pudo y pronto estaba frente al volante. Miró a Christina.

—No me dijiste que sabías conducir.

—No me lo preguntaste nunca, así que asumí que lo sabías. ¡Vámonos!

Frente a ellos una cantidad de hombres armados se pararon para disparar al mismo tiempo y tratar de traspasar el acero del coche. Pero, Viktor y Christina tenían otra cosa en mente.

Arrancaron a toda velocidad llevándose a más de uno que estaba en su camino. Los disparos a quemarropa no se hicieron esperar, pero, Don

Anselmo había pagado el mejor de los servicios de blindaje. Nada traspasaría ese coche. Estaban seguros allí dentro y Viktor lo supo desde siempre, por eso escogió ese coche para la huida.

Las puertas de la entrada de la casa estaban abiertas y salieron directo hacía el camino principal. Derraparon justo al dar la vuelta y un par de manchas negras quedaron marcadas en el pavimento. Dos coches iban detrás de ellos tratando de alcanzarlos. Dentro de ellos los hombres iban con sus armas afuera esperando la más mínima oportunidad para llenarlos de balas.

Viktor trataba de hacer lo mejor que podía para tratar de perderlos, pero, no era un muy buen conductor. De todas formas, había aprendido algo en tantos años de persecución y escape dentro de la mafia. Le había tocado estar a ambos lados.

Definitivamente este había sido un día lleno de adrenalina y aún quedaba mucho de la noche. La vía estaba despejada y eso le daba oportunidad para avanzar lo más que podía, pero, no lograba perderlos ni un instante. Los tenía pisándole los talones.

—Ajústate el cinturón de seguridad, Christina.

El hizo lo mismo y miró por el retrovisor.

—Ahora si veremos si esto está realmente blindado.

Christina lo miró con terror.

—¿Qué carajo vas a hacer?

La chica estaba aterrorizada porque veía en Viktor una determinación impactante que parecía no tener miedo a las consecuencias, pero, nada lo detendría en ese momento.

Viktor frenó de pronto metiendo el freno manual también y el coche patinó trancando la vía a quienes lo perseguían, estos no pudieron parar a tiempo y chocaron de frente desviándose y estrellándose contra los árboles que los rodeaban. Uno de ellos se volcó completamente dejando el coche inservible.

Viktor y Christina también recibieron buen maltrato, pero, el gran cuerpo de Viktor arropó el de ella con un abrazo lo que disminuyó el impacto sobre la joven. Eso era digno de un caballero.

Cuando los dos coches estaban fuera de circulación Viktor observó que del coche que había volcado estaba saliendo uno de sus pasajeros. Eso lo enervó y sacó un arma de la guantera del coche. Se bajó y se acercó hasta el hombre que se arrastraba tratando de salir, pero, sus piernas estaban atrapadas entre el pavimento y la ventanilla.

Viktor lo miró desde arriba y le disparó directo en la cabeza.

La joven dentro del coche se llevó las manos a la boca sorprendida por lo que había visto, pero, a la vez sintió un alivio y un agradecimiento por ese hombre que había arriesgado su vida para salvar la de ella. Christina tenía un nuevo superhéroe y ahora lo deseaba más.

La chica constató que era de sangre fría, puesto que a pesar de todo lo que había visto no estaba en un estado de shock, solo estaba soportando el mal rato.

Todas las preguntas del mundo le vinieron a la mente, pero, sabía que no era el momento para llenar de preguntar a Viktor quien se subía al coche de nuevo y arrancó sin decir ni una palabra.

Condujeron por un largo rato y la vía pasó de ser de pavimento a ser de tierra. Entraron dentro de una extraña zona donde parecía que había caído una bomba nuclear por lo desolado que estaba y comenzaron a zigzaguear entre lo que en algún momento fueron empresas. Viktor aparcó frente a uno de esos galpones y entraron no sin antes volver a cerrar para no dejar ningún tipo de rastro.

Dentro había un camino que más que otra cosa se asemejaba a una entrada al infierno hecha exclusivamente para coches, bajaron por más de dos minutos hasta que por fin aparcaron y se pudieron bajar para poder respirar un poco y pasar el trago amargo.

## VIII

### Cuando el destino es cómplice

Solo una persona además de Viktor sabía llegar hasta el punto donde estaba, por eso fue que cuando escuchó el motor de un coche que se acercaba, no movió ni un dedo.

Don Anselmo había llegado para enfrentar todas las cosas que debía enfrentar.

El jefe se bajó del coche y se acercó hasta donde estaban su hija y su mano derecha. Los miró con detalle y entonces los abrazó a ambos.

—Me alegra tenerlos con vida y aquí conmigo. Creo que es hora de que hablemos de algunos asuntos que son de interés para todos.

Don Anselmo caminó hasta su coche y sacó del baúl una silla plegable.

—Espero tengan donde acomodarse.

El jefe era eso precisamente por ser el más inteligente y audaz, había llegado hasta el puesto que tenía gracias a que tenía un sexto sentido para los negocios y para saber qué hacer en las situaciones más adversas. Era un hombre tenaz, apasionado y un amante del dinero sin igual.

Cuando entró al negocio subió como la espuma vendiendo menos droga que el resto, pero, con una calidad muy superior. Tenía menos clientes, pero, gastaban cualquier cantidad de dinero para obtener esa delicia, la apodaron la droga de los millonarios.

Así fue codeándose con mucha gente de los mayores niveles económicos del país, y recorrió el mundo a expensas de ellos queriendo hacer más dinero con jeques y jefes de estado de todas las naciones que eran los únicos que podían tener acceso a esa fabulosa droga.

En fin, Don Anselmo se ha ganado el amor de algunos y el odio de muchos más, pero el respeto de todos, nadie sería capaz de superarlo en ganancias ni con la fórmula que tenía para vender y todos estaban seguros que se llevaría sus secretos a la tumba.

Esto también implicaba un peligro inminente y por eso tenía que estar rodeado de guardaespaldas y sobre todo de personas en las que él pudiera confiar plenamente. Desde muchos años atrás le estuvo otorgando parte de sus responsabilidades a personas allegadas a él que estaban capacitadas para hacer el trabajo.

Así pues, el imperio con su nombre se hizo tan grande que ningún

gobierno o autoridad pudo con tan magno poder, estaba por encima de todos y nada lo detendría ahora que estaba en la cima del mundo.

En un viaje a Italia conoció a una hermosa mujer de nombre Linda, ella lo enamoró completamente desde la primera vez que la vio. Hizo lo posible por encontrarla y lo logró. Salieron durante un tiempo, pero, después él debía volver, pero, quería dejar a esa bella mujer lejos de él y tampoco podía llevarla consigo por el peligro que le implicaría estar con él.

—Pero, debes llevarme o quedarte conmigo.

—Ya te expliqué a qué me dedico. Debí decírtelo antes, pero, estaba más atento de ti que de otra cosa.

— No me importa el peligro que implique estar allá contigo, haré todo lo que sea necesario para que él bebe que llevo en mi vientre no se crie si su padre.

No hubo palabras en ese momento, él no podía creer lo que estaba escuchando.

Entonces todo cambió por completo, aunque no su creencia de que, ahora, ambos estuviesen lejos de él.

—Entiende que eso no en un ambiente para ti y mucho menos para un bebé. Yo me haré cargo de todos sus gastos, pero, no puedo llevarlos conmigo.

Después muchas horas de conversación llegaron a un acuerdo donde él viajaría cada año para visita y enviaría una remesa mensual para los gastos que tuvieran.

Así pues, Don Anselmo se fue dejando a una familia en Italia. Pero, con la idea de volver pronto.

Eso nunca fue así, los constantes viajes de negocios no le permitían hacer un espacio en su agenda para visitarles. Pronto se enteró que sería una niña y eso lo hizo más feliz aún, enviaba dinero con frecuencia y aunque al principio costó llegarles después ya no tenían donde guardarlo.

Él llevaba esa carga en la mente y en el corazón, era su hija y tenía que conformarse solo por hablar con ella de vez en cuando. Pero, la verdad es que había cosas más importantes para él, ella estaba bien donde estaba lejos del peligro y de todas las cosas malas que cerca de él vería.

Seguían en su espacio secreto.

—Empezaré contigo, hija mía.

Ella lo miró sin ningún tipo de expresión en el rostro.

—Sé que durante muchos años te tuvimos engañados, pero, le pedí fervientemente a tu madre que nunca te dijera nada acerca de mis negocios y

como se movían las cosas ahí. Ella aceptó dados los planes que teníamos a futuro que jamás se concretaron, además siempre te dije que estaríamos juntos en una casa que compráramos en Italia. Lamentable que las cosas no se dieran de esa manera.

Una lágrima rodaba por la mejilla de Christina.

—Puedes ver que nada de lo que te dije era mentira, corrías un gran peligro aquí conmigo, es solo gracias a Viktor que estás viva, sino no lo estuvieras contando.

Viktor miraba serio a Don Anselmo.

—Compre esa casa para recibirte a ti, Christina, no quería que en la ciudad te mezclaras con todos los delincuentes con los que trabajo, Incluyéndome. Era una casa enorme, bonita, elegante y con todas las comodidades. Una casa exclusiva para ti, no ibas a necesitar nada nunca y yo podría darte todo lo que quisieras y más, fue lo que siempre quise. Lamentablemente la casa ya no está y todo eso se perdió, pero, es lo de menos.

Don Anselmo se levantó estirando su espalda un poco y caminando hacia el coche de nuevo. Esta vez abrió la puerta del copiloto y sacó una caja de Habanos. Sus favoritos.

Encendió uno de los tabacos y disfrutó de esa primera calada.

Siguió con lo que decía.

—Te compraremos una casa nueva, una más grande si quieres, eso no importa ahora lo que me interesa es que estás bien y que no voy a permitir que pases por algo así de nuevo. Eso te lo prometo, hija. Cuando me enteré de todo estaba a punto de volverme loco, pero, siempre confié en la audacia de mi mejor hombre. El grandioso Viktor.

El humo del Habano estaba concentrándose en la habitación.

—Al parecer pasaste por mucho hoy, hijita y viste más de lo que nunca pensaste que verías en tu vida, sé que no estás preparada para estas cosas, pero, algo debes llevar en la sangre. Sé que muy dentro de ti también tienes esa parte malvada y misteriosa.

Christina lo miraba algo sorprendida y volteó a ver a Viktor, pero, este parecía un palo sin vida, solo escuchaba lo que su jefe estaba hablando.

—Todo eso lo hablaremos en casa cuando lleguemos. Quizá esté equivocado, aunque rara vez lo estoy.

Volvió a echar una gran bocanada de humo.

—Ahora voy contigo Viktor.

El jefe se levantó, se llevó el tabaco a la boca y aplaudió sonoramente. El

eco retumbaba en las paredes.

—Gracias por todo lo que hiciste por mi hija. Le salvaste la vida y arriesgaste la tuya para poder tenerla sana y salva, eso es digno de admiración y créeme que te haré una placa donde recuerde todo esto que te estoy diciendo.

Don Anselmo ahora paseaba por el lugar.

—Recuerdo la primera vez que te vi. Eras tan solo un niño, ¿cierto? Te cogimos como de la familia, celebramos cada uno de tus logros, te ayudé con todas las cosas que necesitaste y te enseñé más de lo que un padre, un verdadero padre, enseña a su primogénito. Estuve siempre a tu lado cuando me necesitaste y tú al mío cuando necesité apoyo, somos como una familia... No, no, no... Somos una familia así es.

Don Anselmo se quitó el saco del traje, algo que no hacía normalmente.

—Te pedí encarecidamente que la cuidaras y eso hiciste hasta el último momento. ¡Mírala! Aquí está sana y salva, no puedo pedir nada más. ¿O sí?

La actitud de su padre sorprendía a Christina que parecía un poco confundida.

—Sí, claro que sí. Puede pedir algo más. ¿Sabes a qué me refiero, Viktor, hijo mío?

Viktor no dio ni una sola palabra y por el contrario cada vez estaba más erguido en su asiento.

—No construí un imperio escuchando chismes ni cuentos de los demás. Lo construí con bases sólidas, sabiendo lo que estaba haciendo y siempre poniéndole un ojo a aquellos que quisieran pasarse de listos. Eso bien lo sabes, hijo mío.

El ambiente comenzaba a ponerse tenso.

—Cuando compre la casa para recibir a mi hija le puse un gran sistema de seguridad de cámara d alta tecnología y resolución, son las llamadas cámaras de seguridad “invisibles” porque quienes las colocan saben cómo hacerlo para evitar que la gente las detecte con facilidad. Como te digo siempre pongo el ojo sobre aquellos que quieren ser más listos que yo.

Christina cerró los ojos y solo recordó su numerito moviendo el culo por toda la casa y lo que pasó entre ellos en la piscina.

—De la misma manera rastree tu móvil para saber con quién hablabas durante las últimas tres semanas. Entiendo porque hiciste lo que hiciste. Es una gran suma de dinero lo que te pagarían, ¿cierto? Pero, conmigo lo tenía todo, no entiendo cuál es tu avaricia, hijo mío.

Cada vez que repetía la frase “hijo mío” lo hacía con más ironía e ira.

—Fuiste tú quien dio las coordenadas a Peter para que encontrara a mi hija, fuiste tú quien organizó todo ese trabajo al que yo debía asistir. La verdad es que te felicito porque lo hiciste de maravilla, pero, no contabas con que este viejo siempre te llevaría la delantera.

Christina miraba a Viktor con asombro y ahora entendía menos.

—Papá tú mismo lo dijiste si no fuera por él yo no estaría viva.

—Hijita, no me interrumpas que estamos hablando los mayores.

Volvió a lo que estaba.

—Claro, después de ver las grabaciones puedo adivinar cual fue la razón por la que no te fuiste antes de que bombardearan la casa. Porque ese era el plan. ¿Disfrutaste mucho mientras le untabas el bronceador en la espalda desnuda de mi hija? Fue una buena erección, de eso estoy seguro. Sí, tu debilidad como siempre fueron las mujeres, pensando con el pene antes que con la cabeza.

Don Anselmo siguió.

—Pero, tengo una duda. ¿Sólo pasaste por una lluvia de balas y todo ese peligro para poder follártela aquí? ¿Solo por eso? Pensé que te pagaba lo suficiente para que te revolcaras con todas las prostitutas de los bares de la ciudad. ¿No era eso lo que te gustaba? Además de asesinar a unas cuantas. No, tuviste que fijarte en mi hijita, claro ella te incitó, lo entiendo, pero pudiste haber pensado más allá.

Ahora Christina no paraba de llorar era demasiado para ella toda aquella situación.

—Debiste calcular mejor tus movimientos antes de dar el paso final. ¿Es que acaso no me conoces lo suficiente? Nunca saldrías bien parado de todo esto. Nadie juega conmigo de esa manera y menos cuando se mete con mi familia. Me decepciona, por una parte, pensé que te había entrenado mejor, pero definitivamente solo naciste para ser un asesino cualquiera. No piensas solo actúas y lo mejor que te sale es disparar a tus víctimas.

Don Anselmo le pidió a Viktor las llaves del coche y él se las entregó.

—Christina, hija. Al salir de aquí hay una estación de gasolina a dos kilómetros por favor espérame allá, yo te alcanzó en un rato. El dueño es un muy buen amigo mío así que, si necesitas algo, como ropa, él te la puede conseguir sin problemas. Solo dile que vas de mi parte.

Christina miró a ambos varias veces, pero, solo pudo seguir las órdenes de su padre. Se subió al coche y salió de ahí.

El camino de salida parecía mucho más largo que cuando entraron, la

chica no paraba de llorar y parecía que todo el mundo se le venía encima, ella también había actuado mal y de seguro tendría su castigo.

Se bajó a abrir el pesado portón para poder salir del galpón. Ahora afuera se veía diferente. Estaba a punto de amanecer y los primeros rayos del sol resplandecían, al verlos parecía que estuvieran dando una señal de esperanza.

Supo al instante que no podría salir de ahí, así que aparcó a un lado, se sentó en la tapa del motor y esperó pacientemente. Recordó como horas antes estaba teniendo el mejor sexo de su vida en sobre ese mismo coche, como gritaba de placer y todo lo que sintió. Era extraño como obraba el destino.

Mientras tanto abajo ya todos sabían cómo iba a terminar la historia.

Viktor no se defendió de ninguna de las acusaciones a pesar de ser falsas, pero, él bien sabía de lo que sentía un hombre llenó de ira. Lamentablemente Don Anselmo, a quien consideró siempre su padre, nunca se dio cuenta de lo que pasaba a su alrededor, ese sexto sentido solo le servía para los negocios, pero, no para saber quién era realmente el traidor, ese al que le iban a pagar esa gran suma de dinero. No era él solo que le hicieron ver lo que querían que viera.

De igual manera merecía su castigo, le traicionó a la confianza y se folló a su hija y lo hizo con placer, como nunca antes lo había hecho, pero, desde el fondo del alma por fin había sentido algo real por alguien y sabía que nunca la tendría para siempre y tampoco sería lo justo para Christina.

En algo sí tenía razón y era en que soportó toda es lluvia de balas por su hija, pero no para follarla, no. Lo hizo para cuidar a esa mujer que le dio vida a su corazón. A fin de cuentas, eso es lo único que queda.

—¿Tiene algo que decir... hijo mío?

Viktor solo lo miraba fijamente a los ojos, su mente le gritaba que le dijera quien era el verdadero traidor, pero, él no era así. Ya bastaba con haber traicionado a su gran Don Anselmo.

No hubo ni una palabra de su parte.

Don Anselmo apuntaba directamente a la cabeza del hombre que tenía al frente y le temblaba la mano. Por último, soltó una lágrima.

Esa lágrima era de dolor por la traición y algún día la botaría de nuevo cuando se diera cuenta que cometió un gran error, el peor de su vida.

Disparó sin piedad y la bala entró justo en medio de los dos ojos dejándolos instantáneamente sin vida. Viktor cayó sobre sus rodillas y después fue su cabeza lo que rebotó en el pavimento.

Don Anselmo estaba seguro de su decisión, así que se dio media vuelta y

se subió al coche.

Afuera Christina escuchó el disparo, pero, nunca pensó que su padre fuera capaz de algo así.

—De seguro fue otra cosa.

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

*Y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) enlace o foto de la review, y te haremos otro regalo ;)*

## **Haz click aquí**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)

[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

## ***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

### ***La Mujer Trofeo – Laura Lago***

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

### ***Esclava Marcada – Alba Duro***

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso*

*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

### ***Sumisión Total – Alba Duro***

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo*

*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*

## “*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

### Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil,*

*Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*